

EDICIONES
BIBLIOTECA
FILMS



EL ABOGADO

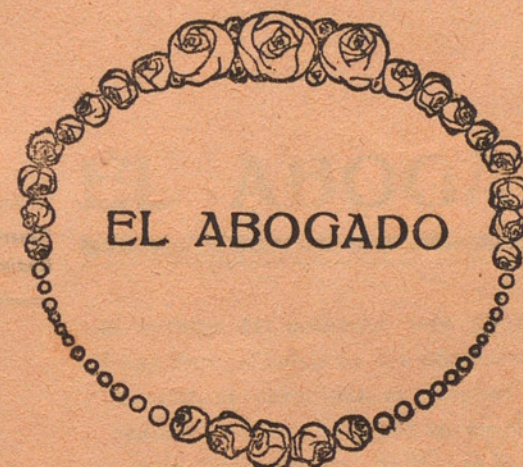


BEBÉ
DANIELS



JOHN
BARRYMORE





EL ABOGADO

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN
ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70657 - Barcelona
AGENTE DE VENTAS
Sociedad General Española de librería - Barbard, 16 - Barcelona

EDITORIAL
"ALAS"

Publicación semanal

Año X

Núm. 147

EL ABOGADO

Los asuntos del despacho más importante de Nueva York, el bufete de los abogados Simón & Tedesco, se desgranán en escenas de hondo realismo relacionadas con los propios personajes del argumento. El libro se ha propuesto y ha conseguido un estudio formidable de las costumbres y asuntos relacionados con dicho bufete. Se añaden en el transcurso de la historia relatos de trascendente cultura.

EXCLUSIVAS UNIVERSAL

Hispano American Films, S. A.
NORMAN J. CINNAMOND
Director Gerente:

Valencia, 233

Barcelona

Imprenta Comercial - Valencia, 234 - Teléfono 70657 - BARCELONA

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

PRINCIPALES INTERPRETES

George Simon . . .	JOHN BARRYMORE
Regina Gordon . . .	BEBE DANIELS
Cora Simon . . .	Doris Kenyon
Roy Darwin . . .	Melvyn Douglas
John P. Tedesco . . .	Onslow Stevens
Bessie Green . . .	Isabel Yewell
Lillian LaRue . . .	Thelma Todd

De la novela de
ELMER RICE

Producida por
CARLOS LAEMMLE

Dirigida por
WILLIAM WYLER

— NARRACIÓN EN CASTELLANO DE —
Dr. F. GIMÉNEZ

EL ABOGADO

RESUMEN AROUMENTO
DE LA PELICULA

HISTORIA

EN el corazón de la City, de Nueva York, lleno de ansias y de palpitantes actualidades, los más aristocráticos rascacielos de la urbe se elevan de entre el mar de sus avenidas como astas pregoneras de civilización máxima. De civilización, decimos, y no de cultura, ya que ésta, patrimonio europeo hoy en decadencia, a penas ha podido abrirse paso en la Unión, representativa del más frío materialismo en boga.

Detengamos la mirada en uno de dichos rascacielos. Su arquitectura de

gusto ultramoderno hace sospechar que sus pisos se reservan a los patricios de las distintas profesiones e industrias. Y, en efecto, así es. El lujosísimo piso núm. 27, en el que el gusto más refinado arquitectónico y sus relieves nos transportan a un mundo de añejo clacisismo, es el destinado al bufeté de más representación de la City, si bien el Colegio de Abogados de Nueva York se vanagloria de contar con jurisconsultos, aunque sólo sea en número de dos, que le ganan en fama de doctrinarios eximios.

En la puerta del piso citado una

hermosísima y admirable placa color platino, reza:

Simón & Tedesco

Abogados

Y apenas traspuesta la riquísima puerta, repujada con maderas preciosas, ya dentro del piso donde todo es luz y visión amplia de las cosas, varios butacones y sofás, estatuas y relieves marmóreos con figuras mitológicas y representaciones de la Justicia, y el Derecho, y el Delito, y la Defensa de la Toga... aparece a un lado, como en una vitrina admirable, una magnífica central telefónica, en la que cesa de manipular con ardoroso celo y visible nerviosismo la histérica empleada de Simón & Tedesco, Bessie Green, una joven rubia, linda como una venus, pero también caprichosa como una criatura.

Bessie, pone y quita clavijas, recibe llamadas, toma notas taquigráficas de telegramas y avisos urgentes, en fin, no para un instante:

—Simón y Tedesco... ¿Quién llama?... Un momento, por favor... El Banco Nacional... Mr. Hawthorn no ha llegado... Simón y Tedesco... ¿Quién llama?... Un momento, por favor... ¡Ah! Jack, dispensa que anoche no viniese; no salí, no... Si-

món y Tedesco... ¿Quién llama?... Un momento, por favor...

En verdad que el servicio era demasiado duro. Raras veces podía Bessie dedicarse a leer alguna novelita de las que siempre tenía una de repuesto, o bien lograba convencer el meritorio Joe para que la sustituyese mientras descansaba o tomaba un sandwich.

Otras veces el pasante Weinberg era quien la solicitaba para que saliese con él a cenar y visitar el cabaret, cosa que Bessie nunca le concedía. Ella prefería sus aventuras con Henry, con Jack, con Rudy..., amiguitos de fuera del despacho. Raras veces la acompañaba la secretaria de Mr. Simón, a la que la unían lazos especiales de simpatía innata.

Pero Bessie tenía, además, otros quebraderos de cabeza. Ella era la que debía recibir a todos los visitantes o aquellos que acudían a la consulta de Mr. Simón y Tedesco, y ella la que había de soportar las impertinencias de algún que otro galán o viejo pesado que durante sus esperas en la amplia antesala procuraban sacar partido del tiempo perdido coqueteando con ella, que ni siquiera los miraba. Había excepciones raras naturalmente, y había que soportar las indirectas de Weinberg y de Joe al respecto, indirectas que ella desenvolvía cuando las visitantes eran lin-

das damiselas que atraían las miradas de los jóvenes.

Entre los clientes de Mr. Simón se contaba un italiano de pura cepa, Mr. Moretti, que sin saber una palabra del inglés acababa de llegar a Nueva York a cobrar una fuerte herencia. ¡Buen tipo aquel Mr. Moretti! ¡Con qué puntualidad acudía y qué insolente se atrevía a mirar a Bessie aquella mañana.

—Bonito calado, Bessie, el de su media, hoy—le dijo Joe al pasar mirando la pierna de la muchacha y riendo malicioso.

Ahora comprendía. Un punto se le había soltado de la finísima media y ya le llegaba casi a la rodilla el hermoso desgarré. Bessie corrió al guardarropa abandonando su central y un tanto sonrojada mientras que el señor Moretti le clavaba su mirada en la pierna al paso, y también sonreía con toda su sangre latina encendida.

—Ahora me explico el terco mirar de ese italiano desde que llegó, hija mía—le dijo Bessie a Miss Green, mientras se arreglaba aquel desaliñado.

—¡Los hombres, Bessie... sin eso y con eso llegan a hacerse insopportables!—le repuso su amiga.

Al lado de Mr. Moretti aguardaban embebidos en la lectura de revistas y diarios algunos tipos de ra-

ra catadura y caras diversas, frente a otros de porte distinguido.

Ahora es el cartero, luego es un botones, luego es un cable o radio que llega al famoso bufete. Bessie corre a su puesto, todo lo atiende, despacha a unos, toma nota de lo que otros piden, comunica a Mr. Simon o a Mr. Tedesco, recibe avisos... ¡Un trajín enorme el de aquella casa!

—Simón y Tedesco... ¿Quién llama?... Un momento, por favor... Simon y Tedesco... ¿Quién llama?... Un momento, por favor... Simón y Tedesco... ¿Quién llama?...—y así sigue la pobre telefonista comunicando a éste, interrumpiendo a aquél, advirtiendo al otro.

—El jefe ha llegado—entró diciéndole a Bessie Mr. Weinberg.

—Haga el favor de pasar, señora—dijo la muchacha a una viejecita de porte modestísimo que hacía gran rato esperaba.

Sosteniendo un pañuelo ante la boca y apagando sus sollozos, la viejecita fué recibida en una sala contigua por la secretaria de Mr. Simon, Miss Gordon. Pocos segundos después nuestra viejecita se encontraba ante Mr. Simon quien levantándose de su mesa y acariciando a la anciana la hizo sentarse frente a él. Esta, empero, más pareció asombrarse del lujo que la rodeaba.

por cuanto en vez de atender a las indicaciones del famoso abogado, se quedó de hito en hito mirando paredes, puertas y objetos de la mesa antes de posar la mirada en el hombre ilustre y tomar el asiento que se le indicaba. Miss Gordon, sensibilísima y delicada de alma y corazón no pudo contener una lágrima de emoción ante aquella anciana que parecía deslumbrada. Sus facciones eran desencajadas, el retrato de la miseria al que la venerable edad daba un aspecto místico, y que en el despacho de Mr. Simon suponía un contraste recio de la vida... una visión artística soberbia.

—¡Mi niño, mi niño está en la cárcel!... sáquelo usted de allí... la policía lo maltrató... le han pegado... y después lo han encarcelado... ¡El es mi sostén! ¡Devuélvame mi niño!—fueron las primeras palabras de la anciana sin levantar la cabeza de entre sus manos y su pañuelo.

—¡No faltaba más, señora Bird! ¿Acaso no hemos sido vecinos largos años? ¡Ea, no quiero verla llorar! Su hijo saldrá y volverá a casa. ¡Vamos, ánimo!

Y levantándose de nuevo de su hermoso sillón y poniendo en las rugosas manos de la anciana un billete de 20 dólares la acompañó hasta la puerta, diciéndole:

—Mañana la espero con su hijo aquí.

Con una sonrisa de satisfacción plena en los cansados labios y mirando aquel billete de Mr. Simon en sus manos, la señora Bird traspuso la puerta del piso seguida de las miradas de los que aguardaban. También Miss Gordon había escuchado las palabras y había observado la acción noble de su jefe al que admiraba por sus sentimientos de humanidad. ¡Miss Gordon! ¿Acaso no amaba ella al abogado, en silencio? Acaso no sufría ella lo indecible ya que él estaba enamorado de su propia esposa? ¿Acaso tenía ella que reprocharse aquel amor puro que ni él siquiera conocía? ¡El, el hombre de negocios a toda altura, el abogado famoso de Nueva York que no tenía tiempo con frecuencia para su propia familia, no se preocupaba de los pensamientos de Miss Gordon su secretaria, la que conocía todos los detalles de su vida por razón del cargo que desempeñaba, y la que leía en el alma del abogado cada vez que estudiaba alguno de sus grandes casos y sabía lo que haría antes de ponerse a dictarle nada.

—¡A ver, esa rubia vampiresa, la señora Chapman, que pase!—dijo Mr. Simon a su secretaria apenas vuelto a su mesa.

—Sólo quería expresarle mi mayor agradecimiento por lo que ha hecho, Mr. Simon. El Jurado en pleno se ha considerado impotente después de escucharle. Yo estoy harta de llorar... Debo a usted no sólo la vida...—decía la señora Chapman emocionada con las manos sobre la mesa de Mr. Simon que la interrumpió secamente:

—¡Basta! Usted asesinó vilmente a su marido... Yo la he defendido con suerte... y en vez de ir a la silla eléctrica ha recobrado usted la libertad... Eso es todo... ¡Nada tiene que agradecerme!

Y tomando el teléfono ordenó a Bessie:

—¡Que pase el próximo!

La señora Chapman salió deseperada. Por la peroración de Mr. Simón ella dedujo que él la amaría. Y ahora... Ahora Miss Gordon, pálida y atenta a su deber la acompañaba hacia fuera. Miss Gordon volvió a secarse una sola lágrima. ¿Por las miserias que presenciaba?... ¿Por su adoración hacia Mr. Simon?...

—Buon giorno, signor—entró sonriente Mr. Moretti apenas fuera la señora Chapman.

—...et bien, Monsieur Moretti, auriez vous la bonté...?—le recibió Mr. Simon acompañándole hacia fuera la mano puesta sobre el hombro del italiano en tono de confianza.

—Simon y Tedesco... ¿Quién llama?... Un momento, por favor...—seguía Bessie cuando Mr. Moretti salió dirigiéndole una sonrisa de despedida.

La próxima consulta del abogado fué dedicada a su amigo John. Este entró como una exhalación sin guardar las acostumbradas fórmulas de cortesía.

—¡Hola abogado ilustre! ¿Sabes que el Tribunal Supremo favorece a la Telefónica? Acabo de llamar a Mr. Harwthorn para que compre 5.000 acciones para los dos; es decir, si quieres la mitad. Ya sé que va mal la Telefónica pero me he aventurado... ¿Has leído el «Mirror»? Acabo de ver salir a la señora Chapman. ¡Chico, tu discurso entero lo comentan! Y la fotografía de ella de media página la han intercalado. Eres la conversación del día...

—¡No me digas! Ha estado aquí a darme las gracias. La tuve que echar... me repugna su acto alevo-so... pero hemos tenido suerte... ¡Escucha, la familia Schuyler ofrece 10.000 dólares, pero yo le exijo 20.000, ¿qué te parece?

Una carcajada cerró la conversación de ambos amigos seguros del nuevo éxito de Mr. Simon que no había resorte que se le escapara ni argumento que no apurase antes de perder sus pleitos. Un apretón de

manos y la señora Richter entró guiada por Miss Gordon.

—Estoy sumida en la mayor vergüenza y dolor, señor Simon. ¿Qué acabará por hacer mi marido?— fueron sus primeras palabras.

—Tengo buenas noticias. ¿Sabe cuánto le he conseguido? ¡Mucho más de lo que esperaba! 1.000 dólares a la semana... ¿le parece? Vamos, señora Richter, ahora debe estar satisfecha.

Y estrechándole la mano acosado por los asuntos pendientes la acompañó igualmente a la puerta de su despacho volviéndose rápido a Miss Gordon:

—¡Usted! Voy a dictarle una carta.

Este era el trabajo de cada tarde de Mr. Simon las dos horas que se pasaba en el despacho. Un continuo resolver asuntos, dictar, disponer fianzas, hacer indagatorias propias por medio de sus agentes particulares a fin de atar cabos y más cabos y en fin ganar pleito que se le confiaba. Entre tanto su clientela aguardaba, incluso a veces haciéndose lenguas y comidilla de la vida privada del célebre letrado de Nueva York.

—La última vez que estuve aquí vi a su señora—decía, por ejemplo, una solterona desgarbada a una señora viuda que estaba a su lado—.

Ella es una aristócrata... ¡divorciada y todo, y con dos chicos bien mal criados! Pero él aprovecha todo el tiempo de que puede disponer para estar al lado de ella...

Así murmuraban acercándose la una a la otra, y así contagiados los demás clientes departían a veces en la célebre antesala.

Veamos en tanto cuáles eran los motivos de la tristeza de Miss Gordon. Miss Gordon no llevaba mucho tiempo al servicio de Mr. Simon; es decir si poco tiempo puede llamarse al transcurrido en dos años al lado del célebre abogado. Su única amiga era Bessie y con ella departía sus horas solitarias saliendo con la misma alguna que otra noche al cabaret, siempre que los compromisos de Bessie se la permitían. Porque Miss Gordon vivía sola en Nueva York desde que entrara al servicio de Mr. Simon al que guardaba un respeto y aprecio que rayaba en adoración. Miss Gordon no estaba acostumbrada a aquella orgía de delitos y estratagemas para sacar el mejor partido posible de las leyes de la Nación y por ese doble motivo sufría íntimamente al lado de Mr. Simon al que debía mucho...

Se lo había confesado todo a Bessie en una pequeña excursión que ambas realizaron con motivo de la

fiesta de fin de semana, es decir de sábado a lunes.

Su padre, es decir su padre adoptivo, había muerto y desde que fué adolescente vivió enamorada de él. Pero su destino fué bien distinto del que ella se forjara en horas de ensueño.

—Bessie, es una confesión que te hago... pero guárdala para ti sola—le había comenzado diciendo—. Mi padre verdadero era un jinete de los de alta escuela. Un caballista aristocrático de la familia de los artistas. Gallardo y joven, era la atracción principal de los mejores teatros y circos del mundo. Recorrió varios continentes seguido de la fama. Híller se llamaba. Sus contratos no pasaban de dos meses de duración; nadie ni nada conseguía retenerlo por su espíritu aventurero aunque todos lo ansiaban en sus programas. También era hombre arrojado y enamorado. En San Francisco actuó en un teatro donde una gitana logró enamorarlo.

—Tú tienes un tipo tan meridional y atractivo...—la había interrumpido Bessie.

—Tuvo una niña con aquella gitana—siguió diciendo Miss Gordon—y fué feliz con la misma durante meses; pero su espíritu inquieto le aconsejó de nuevo mal y abandonando a ambas, madre e hija, des-

apareció un día de la capital. Por mucho tiempo se le buscó y apareció actuando en Europa. Un día sufrió un accidente a causa del cual quedó imposibilitado para ejecutar sus difíciles trabajos... Avergonzado al salir del hospital, renegó del pan que la compañía del circo le ofrecía junto a un cargo secundario en mérito a su pasado... Y ejercitándose en nuevas atracciones que ya no pudieron darle celebridad, cambió de nombre después de desaparecer según se dice...

—¿Entonces?... —quiso preguntar Bessie.

—Es muy probable que viva renegado de su existencia ya que al parecer fué de un orgullo extraordinario y tras ocurrirle la desgracia comentada quiso morir para la publicidad a fin de no desmerecer de la fama con que se le tenía conceptualizado... En fin, mi madre que a raíz de desaparecer él no sabía qué hacerse conmigo sola o no quiso saber qué hacerse tal vez, me abandonó a su tiempo marchándose del teatro en que siguió actuando, y dejándome allí...

A la sazón—prosiguió—trabajaba en la compañía un joven viudo que disponía de una colección de caballos y que como mi padre ejecutaba ejercicios raros de equitación. Tenía una hija mayorcita que le

ayudaba en sus ejercicios y me adoptó compadecido de mí.

— Tu padre adoptivo... — dedujo Bessie—. ¿Tan buenos sentimientos tenía?

— Sí; con el crecí; a él sólo conocía; y a medida que los años pasaban a pesar de tener 25 años más que yo le profesaba un verdadero amor; sin duda porque se lo merecía.

Un día—prosiguió el relato—su hija entabló relaciones con un artista de diferente ramo. Tenía el pretendiente una colección de monos de diferentes castas y con los simios se ganaba la vida, aunque hay que reconocer que eran números maravillosos. Las protestas y consejos del padre no sirvieron de nada; su hija se marchó y al dolor de dejar a su padre sin el número completo de equitación al que ella pertenecía, se unió el de quedarse sólo conmigo...

...Desde entonces todos sus cuidados y anhelos fueron más que nunca para mí. Vendió parte de sus cuadras y se marchó al Asia conmigo. Quería olvidar. Pero no tuvo la suerte que hubiera deseado y tanto descendió en su carrera, en diferentes regiones del continente amarillo que hubo de pensar seriamente volver a San Francisco o al menos a Europa. Nos vimos sumidos en la pobreza. Un día formamos una

troupe en Shanghai para ir reuniendo para el viaje de vuelta. Yo debía actuar con mi padre adoptivo después de ciertas pruebas verificadas en la pista. Tenía entonces 18 años y me pasaba enormes ganas de decirle a él—pues ya sabía que sólo era mi padre adoptivo—que se casara conmigo convencida de que me quería tanto como yo a él, a pesar de sus 43 años frente a los 18 míos. Pero no tuve valor para decírselo ni él se me insinuó jamás sino era para tratar de darme cuanto pedía y desear pudiera...

...Mi vida está llena de espinas y de amargos recuerdos—atinó a decir tras una pausa a Bessie—. En una fiesta de gala ocupaba el palco presidencial un mandarín asiático repugnante quien por desgracia se prendó de mí al parecer locamente. Me asediaba con ramos de flores y regalos hasta el punto de despertar terribles celos en mi padre adoptivo. Yo quise partir de Shanghai para evitarle tal amargura, si bien yo soportaba dichos regalos creyendo que de otra manera perjudicaría mi posición en la compañía que comenzó a vanagloriarse de mí. Un día el mandarín me rogó le concediese una entrevista. Accedí a cenar con él...

— ¡.....!

— ¡No! Nada de eso. Me propu-

so caballerosamente ser su amiga a cambio de cuanto quisiese. Y yo a mi vez le hablé de la imposibilidad de faltar a mi padre y a mi honra, sobre todo, le confesé que al primero. Entonces, ni corto ni perezoso se fué sin decirme nada a mi citado padre y le propuso consintiese en que le aceptase sus regalos a cambio de lo que quisiera pedirle. Mi padre creyendo llegado el momento de hacerme dichosa le preguntó si pretendía casarse conmigo, a lo que el amarillo respondió con una evasiva que le costó los mayores insultos de mi padre que le confesó que por encima de nuestro honor no había nada arrojándolo de su estancia...

...No he llegado a averiguar las intenciones de aquel mandarín. Pero sí que cuando salimos de Shanghai y vendimos las cuadras que nos restaban encontramos un comprador que nos dió el 100 por 100 del doble de la venta o valor verdadero de los mismos encontrándonos con que el pago lo efectuó un agente de dicho mandarín del que jamás hemos vuelto a saber nada...

...En San Diego, donde nos fuimos a unir a un circo que nos contrató con nuestros números cabalistas y de costumbres chinescas, nos tropezamos con una directora que enamorada de mi padre, a pe-

sar de estar casada, se valía de la ayuda de una vieja gitana que tenía a su servicio para hacerlo caer en la torpeza del adulterio. Pero él mal-dita la intención que tenía de dar gusto a aquella mujer ni de ocuparse de nadie que no fuese yo. Así un día se quemó completamente nuestro caro ajuar, por culpa de la gitana según indicios que no logramos traducir en pruebas, siendo la directora la que se ofreció a mi padre para reponernos todo el dicho ajuar que importaba unos miles de dólares. Mi padre se sumió en la tristeza cuando se vió ligado moralmente a aquella mujer ya que no sería posible abonásemos aquella deuda hasta pasado buen número de meses. También había como número extraordinario un campeonato de boxeo con un alemán y un americano en que las apuestas ascendían a miles de dólares. Existía allí una treta y era la de que a pesar de ser el alemán muy superior al americano éste debía vencer aquél por lo regular...

...La gitana llevó a mi padre al convencimiento de que jugándose los ahorros que tenía, apostando por el alemán ganaría una suma más que suficiente para devolver su deuda a la directora y quedar en paz. Así lo hizo mi buen padre y perdió todo y más de lo que tenía. Sin duda

había sido de nuevo víctima de aquella bruja que ejecutaba los planes de la directora para cazar a mi padre. En efecto la directora hizo un nuevo préstamo que nos sacó de ahogos...

— ¿Es posible?... — interrumpió Bessie.

— Pero la suerte nos favoreció en cambio... Un rico millonario que como el citado mandarín buscaba de continuo mis favores, me mandó una noche de gran macht en un ramo de flores un cupón de 2.000 dólares apostando a favor del alemán... y ganó el alemán como debía ocurrir y ganamos una suma fantástica... Esto lo aprovechó la gitana para inculcarle a mi padre que debía devolver todo el dinero ya que yo sostenía relaciones ilícitas con aquel hombre; ello entraba en el plan de la directora que pretendía separarnos a mi padre y a mí por lo visto convencida de nuestra gran simpatía y «parentesco» pro forma... Pero la casualidad quiso que mi padre adoptivo sorprendiera una acalorada disputa de la gitana y la directora, en la que ésta le echaba a aquélla en cara su pésima actuación a su favor y el mucho dinero que sus servicios le costaban.

...Resultado: que nos despedimos de aquel circo grandioso quedándonos sin contrato y viniendo a Nue-

va York a pasar una temporada de espera. Algo viejo mi padre no pudo proseguir sus ejercicios de equitación con aquella galanura de antes y se dedicó al trapezio donde fracasó. Entonces se apoderó de él una infinita tristeza. Nuestros ejercicios los verificábamos con un indio que me comenzó a perseguir día y noche con sus declaraciones amorosas. Yo me callaba esto por temor de amargar más a mi padre con aquella revelación y así fué empeorando cada día la situación creada, hasta el punto de que echándome en cara el indio que yo le despreciaba por ser él indio de sangre, me mordió un brazo antes de un ensayo y me amenazó de muerte con un puñal... Yo me mordí los labios y salí con él y con mi padre a las pruebas en un gran hall, pero mi nerviosidad y disgusto y asco frente a aquel hombre eran tales que en un arriesgado ejercicio y sin saber cómo caí con mi padre desde una altura enorme matándose él y quedándome yo deshecha en tierra...

...Intervino la Justicia para averiguar las causas del hecho y conocí a Mr. Simon en el hospital... Hoy no sé aún si mi padre se descolgó conmigo para abandonar esta vida abrazado a mí o fuí yo la culpable por motivo de lo sucedido con el indio, cosa que jamás he confesa-

do... Antes de morir me dijo mi padre adoptivo que nada se sabía de mi padre y que si se marchó de San Diego fué por descubrir que la vieja gitana era mi madre y ante el temor de perderme huyó conmigo bajo el pretexto de los incidentes con la directora...

... ¡Mr. Simon tiene el alma de un ángel... no me dejó después de sus actuaciones... me mandó a Washington un año para educarme para su despacho... y a él me debo!

Este fué el relato de Miss Gordon que llevaba aún el nombre de su padre adoptivo, a Bessie. Y en verdad que Bessie le guardó el secreto ya que ni Joe, ni el pasante Weinberg, ni Henry ni Jack ni Rudi fueron sus confidentes en el asunto de su amiga.

Razón tenía Miss Gordon pues para pensar en el cariño de su padre adoptivo, en la posibilidad de la existencia de su verdadero padre, en la ayuda admirable de Mr. Simon hacia el que tan obligada estaba, sin esperanzas de revancha posible; en la posibilidad de que la gitana hacia la que no sentía amor ni cariño alguno la reclamase o molestase algún día, con lo que perjudicaría a Mr. Simon mismo, y en fin para quedar entristecida tras una serie de experiencias amargas... más amargas que las que le servían de

enseñanza aun en el bufete de su protector hacia el que sentía el mismo apego que hacia su padre adoptivo...

— Simon y Tedesco... ¿Quién llama?... Un momento, por favor... ¡Buenos días, señora Bird... Mr. Simon, la señora Bird acaba de llegar... parece que la tiene usted citada...—decía Bessie en su central, y saludando a la viejecita del día anterior a la que acababa de anunciar al abogado.

—Vamos, siéntese. ¿Con que hace seis años que se le murió el marido?—interrogó Simon a la anciana.

—Y desde entonces es mi niño el que me mantiene, señor Simon—agregó ésta.

—Menos cuando no está en la cárcel, ¿verdad? ¿De manera que aquel pequeñito se ha vuelto agitador comunista? ¡Cómo pasa el tiempo! Ya supe quién era el fiscal y se ha puesto la fianza. El muchacho volverá a casa mañana mismo—terminó Simon alargándole a la anciana sonriente y cariñoso unos bombones que sacó de una cajita de su mesa.

—¡Oh!, rezaré por ti todas las noches, hijo mío, muchas gracias—le repuso la abuelita tomando el nuevo regalo del abogado.

—Mr. Darwin acaba de llegar—anunció Miss Gordon acto seguido.

—Darwin... Darwin...—rememoró Simon—es imposible encargarme de este asunto. Miss Gordon, dígame que hable con Mr. Tedesco y avise a éste que por nada del mundo lo haremos... que diga que aunque abogado hay que tener escrúpulos... que es inútil que insista...

Pero Darwin lejos de convencerse de los razonamientos de Simon insistió en ver a éste personalmente agregando a Miss Gordon.

—No tengo prisa y puedo esperar. Además, quería saludar aquí a Crayfield. ¿No quieren anular el testamento de su padre? La viuda es íntima amiga de Cora la mujer de Mr. Simon y sufriría un importante trastorno en su vida... Será mejor que espere y lo confiese así a Mr. Simon por si no está en antecedentes...

—¡Se engaña usted si cree que mi mujer se atrevería a interceder por nadie en mis asuntos!—dijo a esto Mr. Simon que pudo escuchar las razones de Darwin a Miss Gordon.

—Deseaba, además, hablarle de otro asunto... —insistió Darwin—. Ando mal de fondos... la Compañía Minera ha suspendido el dividendo... es un caso de confianza...

—¡Ah! Usted medió en el asunto... Venga mañana por su cheque. Le doy 2.000 y además un pagaré a

noventa días—le repuso Simon, dejándole fuera al mismo tiempo que se retiraba a su despacho con Miss Gordon, a la que añadía: —Extiéndale ese cheque a éste y cargue eso a la señora Richter... ¿no eran 5.000 dólares?... Pues póngale 7.500 dólares.

¿Quién era el tal Darwin? En realidad un agente astuto, que buscaba participar en los asuntos de Mr. Simon valiéndose de ardides y experiencias en el ramo. Pero no sólo Darwin tenía esta clase de relaciones de tarde en tarde con Mr. Simon, sino que además, joven galante y aventurero, se había captado la simpatía de Cora, la esposa del famoso abogado, sin que éste pudiera sospecharlo, y procuraba sacar partido de dicha confianza. Precisamente en la antesala, apenas despedido por Simon, Darwin se tropezó con Cora, que llegaba a ver a su esposo al que pretendía ganar para hacer un viaje a Europa.

—¡Hola, Cora!...

—Darwin, ¡tú aquí!...

—He venido a ver a tu esposo por eso del testamento... pero no me ha hecho caso y es preciso que le disuadas—insinuó Darwin.

—¡Pobre Wilma!... Podríamos hablar en el Ritz... te espero allí en el té—repuso Cora haciendo ademán de pasar a ver a su esposo.

Mr. Simon tenía precisamente conferencia con la Transatlántica Francesa, según informe de Miss Gordon y bien a despecho de ella misma y con gesto de orgullo en ella acostumbrado, Cora se decidió a esperar a su esposo unos segundos. En tanto se forjó el plan de obligar a Simon, su esposo, a abandonar el asunto de los Crayfield, primero porque Darwin lo quería y segundo porque Wilma, su amiga, saldría perjudicada en sus intereses.

—Llame a McFaden—gritó Simon a Miss Gordon, al propio tiempo que descubría a su esposa Cora.

—¡Cora! ¿Qué haces aquí?...

—Quería almorzar contigo y recordarte que saldremos el lunes para Europa. ¿No me lo has prometido?...

—Ya llamé a la Transatlántica Francesa para que nos reserven la Cámara Imperio con el camarero Marcel Lebrun, según tus deseos—le replicó amoroso Simon.

—Y a propósito—le dijo Cora—, supongo que no aceptarás el asunto del testamento, Crayfield?...

—¡No tengo inconveniente en aceptarlo y ya he hablado con Mr. Crayfield para saber ciertas intimidades que ya me ha contado... Precisamente antes de partir hemos dejado todo y Miss Gordon me ha ayudado expresamente a probar la du-

dosa autenticidad del citado testamento... Es cosa casi terminada... Y empené mi palabra...

—¡No sé por qué emprendes este asunto!... Wilma y yo somos muy amigas... Incluso la has invitado alguna vez a comer con nosotros... Verdad es que en casa comen muchos y que no te dejas perder así como así una suma de 50.000 dólares... ¿Pero es que es incompatible el ser abogado y el ser caballero? Lamento que te especialices en asuntos sensacionales... Deja el asunto de los Crayfield, te lo pido, te lo suplico...—imploró Cora.

—¡Cora! Nunca he presumido de caballero... Bien sabes que el arroyo fué mi cuna y que por eso me has admirado más de una vez, según tus palabras, pero ya que te empeñas dejaré pendiente mi palabra de honor...

—Mis Gordon—llamó inmediatamente Simon—, una carta: «...sintiendo tener que abandonar su asunto por inducirme a ello motivos completamente ajenos a los méritos del caso... Adjunto le devuelvo los documentos de los que le ruego acusarme recibo».

Un abrazo apasionado fué el premio de Cora a su esposo al terminar de dictar aquella carta. Darwin se lo agradecería infinito cuando se encontrasen en el Ritz.

Miss Gordon se hizo cruces una vez más. ¿Por qué aquella debilidad del gran Simon? Ella sólo podía explicárselo por el amor que hacía Cora sentía. ¡Todo un caballe-

ro! A pesar de lo que pareciese. Pero al fin un arma de aquella mujer caprichosa que le engañaba con Darwin, como Cora había muy bien observado.

—Trabemos ahora conocimiento con otro de los personajes influyentes en los destinos del bufete Simon y Tedesco, un tal McFaden, al que Simon había solicitado al tropezar con su mujer en la entrevista acabada de relatar.

Mientras esta discusión había tenido lugar, una charla amena se había desarrollado en la sala de espera, a la entrada. Era uno de los interlocutores McFaden, más una anciana, la señora Simon que aguardaba ver a su hijo haciendo espera por no robarlo innecesariamente tiempo alguno.

—Usted es mamá Simon, ¿no?—le atajó McFaden después de mirarla detenidamente.—¿No se acuerda de mí?...

—¿Mr. McFaden?... Mi hijo me ha hablado de usted... me da todos los gustos...—le repuso la señora Simon.

—No hay otro... Yo le debo mucho... Sin él... ¡estaría en presidio! Nadie me quería dar trabajo y él me empleó aquí... Ya llevo cuatro años de persona decente y siendo su persona de confianza.

—Así era en efecto; MsFaden era un vulgar asesino al que Simon sacó en libertad. Además era un gangster peligroso. Al salir a la calle mostró arrepentimiento y quiso trabajar honradamente, pero nadie lo admitió por falta de documentación en regla. Entonces confesó a su abogado mismo sus apuros y la necesidad en que se hallaba de volver al

camino de la delincuencia. Mr. Simon le aconsejó y después de varias conversaciones lo empleó como hombre de confianza para que aprovechando sus tretas y experiencias de gangster, incluso sus amistades y relaciones le sirviese tal vez en alguna ocasión. Lo cierto fué que la conducta inmejorable de McFadden y los servicios prestados convencieron a Mr. Simon de que había salido beneficiosa con el empleo del ex gangster, que era una de las fuerzas vivas de aquel despacho, sobre todo en críticas ocasiones.

También podemos hacer conocimiento con Malone, un concejal del Ayuntamiento de Brooklyn que venía a visitar a Mr. Simon y que igualmente se tropezó con su madre.

—¡Caramba! No la había reconocido... Está usted más joven, señora Simon.

Este Malone no era otro que el antiguo carretero que solía pasar por el puente de Brooklyn, donde la señora Simon vendía sus buñuelos y donde su hijo, el actual Mr. Simon, pregonaba los periódicos de la hora. Porque Mr. Simon era eso; un hijo de arroyo como le había dicho mil veces a la aristocrática Cora, mostrándose reconocido de que ella le amase a pesar de la diferencia de sus clases sociales. Cora no conce-

bía que la verdadera aristocracia era la de su marido; la aristocracia del saber y del talento, en tanto que ella satisfacía sus caprichos y le engañaba incluso con Darwin.

—Mr. Simon: la señora Simon, la mamá del señor, está aquí—telefoneó Bessie al abogado, temiendo una reprimenda por la larga espera de la anciana.

—¡Tú! ¿Tú aquí, mamá? ¿Y por qué no pasas?—le dijo Simon, saliendo en su busca y abrazándola ante todos mientras se dirigía con ella a su despacho.

—¿Sigue usted bien, señora Simon?—la recibió Miss Gordon con su timidez acostumbrada.

—¡Qué buena es tu secretaria, hijo mío! ¿Por qué no encontrará un marido?...—le indicó a su hijo la señora Simon. Pero éste, sin hacer caso a las palabras que acaba de escuchar y sacando la caja de bombones de su mesa, al mismo tiempo que los ofrecía a su madre se sentó como una criatura en el sofá a su lado, contándole:

—¿Te acuerdas de Sara Bird, mamá?... la antigua vecina de enfrente... la de aquel nene tan mono... con los pelos ensortijados... Pues hoy aquel mocosillo anda predicando la revolución.

—¿Aquel niño?...—exclamó mamá Simón.

—¡No seas tonta! Aquel nene ahora es ya un hombre... ¿Pero cómo vienes tú por aquí, mamita?

—Tenía que hablarte. No es una cosa mía... Pero antes debes prometerme no enojarte... David me ha llamado esta mañana... ¿Te enfadarás si te lo cuento?...

—Bueno, mamá, acaba! ¡aunque ya me supongo lo que es!...

—Me has prometido no enfadarte... ha tenido un contratiempo... firmó un cheque... Es tu hermano... hijo mío...

—¡Hermano!... Mamá, lo que es un vil estafador que no hace más que avergonzarme... ¡Estoy harto de él!... Siempre será el mismo...

¡Me honra enormemente que mis clientes y mi esposa sepan que mi hermano es un tahur, un chulo y un petardista! ¡Bueno, mamá!... por ti lo vuelvo a hacer! ¡Pero es preciso que se marche, que se vaya a mil kilómetros de aquí!

Y enternecido por la pobre vieja que estuvo a punto de derramar nuevas lágrimas por aquel hijo miserable, tan diferente de su orge, el abogado, hizo entregar a su secretaria la nueva cantidad que comprometía al degenerado de su hermano. Besando a su madre y entregándole la caja entera de los bombones que habían probado, la llevó hasta la puerta hasta verla salir aconsolada.

LA AMISTAD DE CORA Y DARWIN

En casa, Mh. Simon era otro completamente. Ni siquiera se acordaba de Cora, a la que solía echar de menos a menudo, en cuanto tenía delante de sí a sus hijos. Dos gemelos preciosos, quienes convivían, por decirlo así, con un perro grifón. Los tres contarían a lo sumo cuatro años juntos. Todos igualmente bien criados, gordos y andando a cuatro patas por las amplias y limpias estancias de la casa. Con frecuencia jugaban en el jardín a la vista misma de Mr. Simon, mientras éste leía la prensa o tomaba un lunch. Primeramente aparecía el precioso grifón apenas destetado, a veces solo y a veces en brazos del par de gemelos que parecían tener entonces en sus manos un manojo de lana.

Mr. Simon los llamaba juntos «nuestros pequeños». Cora al principio se había molestado al ver comparados a sus niños con un perro, por muy lindo que éste fuese, pero al fin se acostumbró convencida de la ingenuidad de su esposo. Por rara casualidad los gemelos y el perro hicieron desde el primer día gran amistad que cada vez se fué estrechando más y más. Si Mr. Simon tomaba a uno de los gemelos en brazos, podía contarse con seguridad que el otro haría pareja con el grifón a fin de ser tomados como el primero lanzándose a los perniles del pantalón del abogado tantas veces o tirando de las piernas hasta conseguir su cometido. Y si a alguien se le ocurría separar a los ne-

nes del perrito encerrando por ejemplo a éste en la cocina, ya se podía estar seguro de que los aullidos llegarían a clamar al cielo hasta verse con sus camaradas de nuevo.

Cada vez que Mr. Simon daba algo a sus gemelos, el grifón exigía invariablemente su tanto por ciento en las galletas, etc. Un día aquel prurito de tocar a partes iguales llegó a tanto que habiendo dejado roer al perrito un hueso de una costilla, cuando Cora se dió cuenta roían el mismo hueso los gemelos y el perrito por turno. Aquello la molestó, y contándolo a su esposo para evitar se repitieran tales escenas, éste prorumpió en enormes carcajadas.

—Jorge—le dijo Cora a Simon una mañana—, bien sabes que no me gusta molestarte nunca, pero hoy se ha marchado la doncella, la niñera está indispuesta, la cocinera no se puede mover de la cocina y yo ya sabes que quedé con Elisa a estas horas. Te prometo librarte de cuidar de los nenes y el grifón antes de media hora. Pero no te marches y hazme caso.

—Está bien, Cora—le contestó Mr. Simon, obediente—, pero ya sabes que me esperan y que pasada la media hora no me encontrarás aquí. Pon a los nenes ahí junto a los rosales mientras yo leo la prensa... todo lo más que puede suceder

es que se pinchen y entonces ya sonarán...

Cora miró los deditos delicados de sus nenes, mientras mirando al cielo y a su esposo exclamaba: — Señor, no escuches a este bárbara.

—¿Qué bárbaro ni qué nada?—le repuso Simón—. Bien sabe Dios que los nenes han de pasar por el aro de conocer personalmente el Instituto de las hormigas y de las espinas de cualquier clase que sean. Ponlos donde te he dicho, mujer, y así podré mirar esta prensa y observarlos a ellos sin que se nos caigan en parte alguna.

No habían pasado dos minutos cuando Cora salió de prisa dejando a los nenes, y por supuesto al pequeño can, donde Jorge quería, mientras que su mismo esposo se hundía en el montón de prensa que puso delante de sí. Tan embebido se hallaba leyendo los incidentes de su propia defensa con McGlaen, que ni siquiera observó que una gran oruga verde cayendo de un árbol en su periódico fué a parar al borde del tintero de su mesa de mimbre y allí luchó deslizándose por el cristal acá y allá hasta caer fuera del mismo.

Por lo que a los nenes se refiere, será curioso observarlos. En un principio se mostraron formalitos como quien no tienen plan que desarro-

llar. Por su parte, el grifón se revolcaba entre los muchachos a su gusto y placer. Pero he aquí que de pronto se posó una mariposa a su lado y el perro de un manotazo le destruyó un ala. Entonces comenzó a jugar con ella. Johnny, que lo observó, se la quitó, y empuñándola en la gruesa manecita se la llevó a la boca y en seguida comenzó a escupir. En su auxilio vino el grifón, que apoderándose de nuevo del precioso animalito, ya posiblemente muerto, se separó unos pasos de allí y moviendo alegre la cola comenzó a hacer un hoyo como los perros acostumbra y enterándola se echó encima como un monumento sobre la reciente sepultura.

Mr. Simon no había levantado un momento la vista de su lectura, sin duda creyendo que de no chillar nadie nada de grave podía ocurrir. El grifón dormía en estos momentos y los nenes se arrastraban por entre los rosales buscando sin duda otro campo de acción más favorable.

Cuando Cora llegó no tuvo en verdad que quejarse de gran cosa. Todo estaba en orden perfecto. Mr. Simon salía entonces con su gran Packard como una centella para su despacho.

Con frecuencia Cora abandonaba

el hogar y hacía un viaje de recreo mientras su esposo ganaba la celebridad. De tal suerte vivía envidiada de sus amigas sin que jamás le faltase ningún capricho por satisfacer. Con Wilma había hecho diferentes viajes a la Florida en los meses de la primavera y era entonces cuando mejor ocasión tenía para burlar a Mr. Simon abusando de su buena fe.

Con Darwin había trabado estrecha amistad en uno de dichos viajes a Florida. Había escogido la vía marítima desde Nueva York por motivos diversos. Primero porque el viaje en «Pullman car» no resultaba novedoso, pues ya lo conocía, y segundo por gustar de las delicias del mar durante un par de días. De Nueva York, ella y Wilma tomaron pasaje de primera para Jacksonville, el puerto más importante de Florida. El vapor «Cherckee» se hallaba ocupado completamente de turistas con su tonelaje de 4.000 toneladas. Su lujo nada deja que desear y la servidumbre se componía casi exclusivamente de negros.

Fué un viaje delicioso en que Cora y Wilma gozaron los placeres de la primavera, rodeadas de innumerables gaviotas que acompañaban al barco durante todo el trayecto y seguidas en la estela del «Cherokke» por los juguetones delfines que no perdían el

compás del barco. El aire embriaga y al llegar la noche se iluminaba el mar a la manera de las aguas tropicales.

Sólo una vez atracó el barco durante la bella travesía, en Charleston, la única ciudad-puerto, asomada al mismo mar en el Atlántico americano, ya que como sabemos incluso el mismo Nueva York está algo al interior reservado por el conocido Long Island, como le sucede a Boston, Baltimore y Savannah. Las casas e iglesias de Charleston se veían reflejadas en las tranquilas aguas del mar como si nadasen en la concha del puerto. Fué a tal altura donde Darwin tropezó con Cora y con Wilma para no separarse de ambas ni aun al llegar a Jacksonville.

—Quizás nos hemos visto alguna vez en Nueva York—inició la conversación Darwin, al zarpar de aquellas aguas.

—Mi amiga cree haberle saludado alguna vez, ¿quizás en la ópera?—intervino Wilma, para facilitar a su amiga la ligera aventura.

—Estos 30° de latitud norte y esta vegetación superan a la de Nueva York—comenzó charlando el culto Darwin—. Pronto tropezaremos con los boscajes de eterno verdor y los naranjales de frutos, así como con las casitas de madera o cabañas de los negros, de los pescadores y de los

cazadores. El barco pasará tan cerca de ellos que siempre causa novedad el oírlos chillar. Ustedes observarán caras de narices aplastadas, de barbillas salientes y de frentes abultadas y barbas ensortijadas negras y relucientes, que les harán dudar de la fraternidad nuestra para con esos seres en la naturaleza. Otra cosa son los negros del barco que sirven al pasaje; éstos parecen gentes civilizadas y hasta sus contexturas aparentan menos salvajismo.

Cora y Wilma escucharon aquellos razonamientos de Darwin, si bien para ellas no ofrecían el interés e importancia que él parecía concederles. Realmente Darwin sentíase atraído a Cora por una fuerza irresistible y la esposa de Simon nada oponía a semejante corriente de simpatía. Sola esa era la causa de sus peroraciones, a fin de no aburrir a las damas mientras llegaba el desembarco. Sus conocimientos de la Florida no dejaban por otra parte mentir a su cultura, y de ahí lo interesante de algunos de sus relatos:

—No es del todo agradable—contaba Darwin—el encontrarse solo completamente en regiones extrañas. Las costumbres varían de provincia a provincia y todo novel paga a veces caro el visitar nuevas tierras. A mí me sucedió... Pero observen ustedes, aquellos pinos; transcurrirán horas

hasta perderlos de vista, si el viajero desembarca y recorre el país. Aquí no existen montañas; es decir «montaña» aquí equivale a la colina nuestra, a veces a la duna de arena, que una ola es suficiente para hacer desaparecer... Hay sitios donde la nieve, aquí desconocida, parece ceder su imperio a la blanquísima arena que a manera de polvo muy fino cubre extensiones de la costa...

La noche comenzó a cerrar. Mientras el barco se deslizaba en la noche tropical casi, sendas hogueras se vislumbraron tierra adentro, rodeadas de siluetas de blancos y negros... Cabía sentirse transportado a los años felices de la infancia. Por fin, a tierra. Una hora de carrera en brillante auto a través del bosque y llegaron al

hotel de residencia veraniega. En la noche primera, Cora y Wilma durmieron sin sosiego bajo una gasa protectora de mosquitos, mientras en habitación cercana Darwin aspiraba a bocanadas el fresco del país de los frutos y las flores americanas.

¿Qué ocurrió después? En Florida los días pasaron como en un verdadero paraíso, del cual regresaron Darwin y ambas amigas hasta lograr presentar a aquél al esposo de Cora, con lo que las relaciones se hicieron oficiales entre todos. Tal era la ligera historia de Darwin y de Cora, ahora aunados para obligar al abogado Simon a abandonar el asunto de los Crayfield por conveniencias de Darwin.

LA CALUMNIA

Volvamos ahora al despacho de Simon y Tedesco donde parecía cernirse una tragedia.

—Halló, Malone?... ya me dijo mamá que se encontraron en mi despacho... ¿Ha trabajado para el partido?... ¡Usted toma eso demasiado a pecho! —decía Mr. Simon en su despacho, cogido a uno de los teléfonos de su mesa.

—¿Por qué no me aguarda hoy a la salida?—le respondió el concejal Malone.

—Si no es un caso de jurisprudencia serio le dejaré al pasante Weinberg, que entiende mucho de eso —replicó Simon contrariado—. Ya sabe que me aguardan constantes visitas y quiero cenar con Cora.

—No es cosa de pensarlo...—vol-

vió a indicar al teléfono Malone —. ¿Recuerda usted a mi hermano, el teniente de alcalde del distrito XIV? Pues me ha avisado para que le ponga en guardia... Se trama algo contra usted...

—¿Contra mí?... ¡Eo será un cuento!... —exclamó Simon, crispando las manos ante la expresión de horror de la sensible Miss Gordon.

—¿Recuerda usted haber defendido alguna vez a un tal Breitstein?

—Sí; por robo... salió libre...

—...Libre gracias a la declaración de un tal Cushaan. ¿No? —le repuso Malone—. Al menos así lo dice mi hermano.

—No entiendo que se trama... ¡Hable usted de una vez y diga qué tiene que decirme su hermano! —expuso

Simon, desencajando la mirada y mordiendo hasta destrozarlo un puro que fumaba.

—Breitstein no es quien le promete, Mr. Simon. Se trata de algún enemigo personal de usted. Mi hermano ha intervenido, por el cargo que ocupa en la municipalidad, en cierto informe pedido ayer por el juez de instrucción... Se le ocurrió avisarme de seguida...

—¡Está bien!... Le espero aquí a las 6 en punto — cerró M. Simon, cortando casi inconsciente la comunicación.

—Diga a mi mujer que hasta las siete no me espere; un caso urgente me impide salir antes del despacho... —ordenó el abogado a Miss Gordon.

¿Qué se proponían contra él, ni qué enemigos podía él tener? Aquella tarde fué imposible a Mr. Simon proseguir sus trabajos. Quizás él tenía enemigos de que guardarse. Miss Gordon hubiera querido consolarle, preguntarle al menos algo para distraer su atención, pero Mr. Simon era demasiado impulsivo y no atendía a nada ni a nadie en tales casos.

A la hora indicada, Mr. Malone acudía al despacho del abogado. Mister Tedesco, que quiso salir con Simon, recibió una negativa y la propia Miss Gordon, que se proponía esperar por si se precisaban sus servicios, escuchó como aquel hombre,

Simon, la despedía, diciéndole:

—¡No espere! Puede ser cosa de más tiempo...

Sin pronunciar palabra, Miss Gordon salió de la estancia visiblemente apenada. Un momento y como retenida por algún presentimiento se quedó en la puerta de salida, donde ya no quedaba nadie y quiso volver atrás. ¿Y si le pasaba algo a Mister Simon? ¡No! Prefería velar por el mismo aun sin que él se diese cuenta.

Cuando Mr. Simon oyó el timbre de la puerta y salió él mismo a abrirle a Mr. Malone, se encontró con Miss Gordon, que acudía a hacer lo propio.

—¡Le he dicho a usted que se retire! Ahora, inmediatamente; hasta mañana—le aulló más que le gritó nervioso al verse desobedecido.

Miss Gordon contuvo unas lágrimas al cruzarse con Mr. Malone en la misma puerta.

—¡Hola, Mr. Malone! Me ha dejado usted suspenso... Pase al despacho y cuente... —dijo Mr. Simon al que acababa de llegar golpeándole un hombro.

—Un tal Cushman, le dije a usted que se propone comprometerle... —comenzó diciendo Malone, arrellanándose en la butaca que Simon le ofrecía.

—¿Pero dónde está ese Cushman? —requirió Simon, ávido de noticias.

—Está preso y en la misma prisión ha hecho declaraciones a un abogado... a un tal Francis Baird... ha dicho nada menos que usted le obligó a atestiguar en falso cuando lo de Breitstein...

—¿Baird?... ¡Acabo de ganarle un pleito!... Está que bota conmigo —añadió Simon, interrumpiendo a Malone.

—Dice mi hermano que es vocal del Colegio de Abogados, ¿no?... y al no quererle bien y tener esta prueba... En fin, que lo que mi hermano sospecha es que pretende hacerle expulsar a usted del Colegio... Yo le he dicho a mi hermano que usted es demasiado listo para comprometerse tan fácilmente...

—...¡ese Baird y demás caciques del Colegio me envidian!... pero se fastidiarán... —gruñó Mr. Simon, con voz baja y ronca.

—Es una mala jugada y quisimos avisarle—volvió a decirle Malone.

—¡Ruines!... pensar en expulsarme por unas declaraciones de un criminal... ¡Tiene gracia, Malone!... Hasta eso llegamos... Los aristócratas de la Quinta Avenida rabian cuando les quito las tajadas... Eso es todo... También a usted, Malone, le han perjudicado bastante... y ahora quisieran hundirme, ¿verdad?

—No tengo más que pensar en las pasadas elecciones, Mr. Simon—re-

puso Malone —. A mi hermano no lo asesinaron porque Dios no quiso; y aun ahora esos lobos hambrientos quisieran el mundo para sí...

—¿Sabe lo que le digo, Mr. Malone?... Pues que no me apuro, ni tenemos que apurarnos... ¡Soy mejor político que todos ellos juntos!... De todas formas le agradezco el aviso. Voy a ver si inmediatamente doy con Juan Breitstein al que defendí hace ocho o nueve años cuando el testigo éste que ahora me acusa... No diga a nadie nada entretanto —dijo Mister Simon, dando por terminada aquella entrevista para él transcendental.

—Ya sabe, Mr. Simon, que estoy a su disposición para lo que guste... —insinuó Malone.

—¡Bravo, Mr. Malone! —le replicó Simon estrechándole la mano—. Hay que acabar con esta mala partida. No esperaba menos de usted. Por algo nos habremos criado juntos... Daré inmediatas órdenes a Mc Fadden para que le auxilie y él se pondrá en contacto con usted. Ahora, amigo mío, voy a buscar a mi señora que me espera. Quería hablar a Cora de un asunto importante que le interesa a ella también.

Mr. Malone salió de la casa de Simon, cuando éste en vez de apresurarse a salir también, se sentó en la central telefónica suya visiblemente

preocupado, buscando varios números a media luz.

—¡Halló, Cora! Ya sabes que no me gusta hacerte aguardar. Tenía la Central interrumpida hasta terminar mi conferencia con Mr. Malone... Ya te contaré... Bueno, vidita, hasta luego... ¿Los nenes, bien?... ¿Qué hace el cachorrillo?... ¡Hola!... Ahora voy, corriendo, mujer...

—¿Mc Fadden? Sí... aquí Simon... tengo que hablarle... sí..., después de que cene con Cora. ¡Claro! Ella ya lo sabe..., a medias, es asunto de confianza.

Pensativo y mirando en la guía del teléfono se disponía a conectar otras llamadas, después de mesurarse los cabellos, cuando se abrió la puerta, apareciendo en la semi-penumbra su colega Tedesco.

—¡No te asustes, Tedesco!... Sabes que tenía una conferencia aquí y ahora se acaban de marchar... Por cierto que tenemos que hablar... Se proponen arruinarnos... Ese compañero Baird, al que le gané el asunto la semana pasada. La casualidad le ha ayudado... y más ahora que es vocal del Colegio...

—No entiendo, Simon... ¿Es que estamos al descubierto en alguna cosa grave? — repuso Tedesco, abriendo desmesuradamente los ojos.

—Por suerte, se trata de mí nada más—le repuso Simon—. Hace nueve

años defendí a un asesino, y otro criminal me sirvió de testigo... Juró en falso y ahora me culpa desde la prisión, precisamente por medio de Baird... Pero Cora me espera, Tedesco, mañana hablaremos. Estoy apurado por primera vez en mi vida. Si ese me lo demuestra nos revienta...

—Yo quería recoger la demanda del señor William para recordar algunos puntos de ella en la conferencia de mañana temprano con los acreedores... Te puedo esperar; pero si Cora te aguarda lo aplazaremos para mañana — terminó Tedesco, dirigiéndose a su despacho para ganar tiempo.

En efecto, Tedesco regresó con su cartera de nuevo, y por indicación de Simón dejó a éste sentándose en la central para hacer una nueva llamada. Tedesco salió moviendo la cabeza en demostración de dudas. Aquello no le había gustado.

Una vez sólo, Simon no pudo abandonar el despacho a pesar de su promesa de ir a buscar en seguida a Cora. Levantándose y sentándose de unos butacones en otros; mesándose los cabellos, como una fiera enjaulada, aquello le sacaba de todos sus quicios. Precisaba planear una venganza para aquel estúpido de Baird; pero una venganza digna de ambos contrincantes en el foro de Nueva York.

En estas meditaciones, la puerta de Mr. Gordon se volvió a abrir dando acceso a Miss Gordon. Llegaba ésta retraída y silenciosa, si bien con cara de suma melancolía y como llena de hondas preocupaciones.

—¿No le hago falta?... Temía que me necesitase... Parece tan preocupado usted hoy... ¿Está en algún peligro? No tengo más interés que el de serle útil, y quisiera que me comprendiese — balbuceó Miss Gordon, bella como nunca, con cara de Dolorosa, como ahogada por un ansia que no le permitiera hablar. Pero Simon la recibió destemplado y furibundo:

—¿No la mandé a usted a casa?... ¿Por qué vuelve sin ser requerida?... ¡Váyase inmediatamente!... Debo estar solo... Me van a volver loco... pero yo les arreglaré a todos... conocerán a Simon mal que les pese... ¡Váyase le digo!...

—¡Sí!... ya quiero marcharme... Pero usted debe perdonarme que acudiese... tardaba usted tanto en salir... y temí que le ocurriese algo... desde las seis en que me despachó le he esperado abajo... ¡es decir he esperado que saliese de su conferencia, que me dió temor!... Pero ya sé que debo marcharme... en seguida...

Miss Gordon porrumpió en copioso llanto que enjugaba con su pañuelo, como reprochando a aquel

hombre, duro para ella, demasiado duro, después de ser su verdadero padre como quien dice, aquellas formas poco delicadas; aquella brusquedad horrible en pago a su celo de ella.

Simon la detuvo antes de salir:

—¡No salga usted gimiendo! ¡Le digo que se domine! ¡Siéntese! ¡Usted y Bessie y Bessie y usted juntas son víctimas del histerismo!... Venga acá... Usted no puede ayudarme; usted lo que hace es sufrir conmigo; cúidese, váyase a casa... mañana arreglaremos esto. He avisado a Mac Fadden para que se entienda con Mister Malone... Quieren arruinarme, ¿no lo comprende?... Usted no debe escuchar estas cosas; es demasiado sensible... ¿No la quiero como si fuera mi hija? ¿No le guardo todas las consideraciones? Perdoné..., ya sé que no acostumbro a dominarme con usted tampoco... recapacite... cálmese... — y Mr. Simon, influido por aquellas lágrimas sinceras y aquel silencio elocuente de Miss Gordon bajó el tono de su voz hasta hacerlo dulce y cariñoso, al propio tiempo que besaba en la frente a su secretaria, con un beso casto y paternal, que serenó a ambos corazones.

Después la acompañó a la puerta y volviéndose a encerrar sólo miró por uno de los amplios ventanales hacia el fondo de la espaciosa Avenida que tenía frente a sí, como si quisiera

saltar al abismo, asqueado de su vida condenada a defender crímenes y a casi vivir con maleantes cuando no a disputarle sus fueros a la verdad más veces que a defenderla con los mayores bríos que jamás hidalgo alguno haya tenido.

Por fin, Simon cogió su sombrero y en el primer taxi que pasó emprendió veloz carrera en busca de Cora.

La noche transcurrió sin sosiego alguno para nadie. Cora, ansiando a Darwin; Simon, procurando su defensa; Mc Fadden y Malone, preparando su plan iniciado por Simon; Miss Gordon, angustiada y sola en la vida, sin más afán que el de servir al magnánimo pero insufrible Simon. Hasta Bessie se hallaba aquella noche más preocupada que nunca a causa de un desplante de Henry, que estaba ansiosa de comunicar a Miss Gordon.

Para mayor desgracia, al llegar Bessie a la mañana siguiente al despacho sufrió un ligero desmayo. Asistida por sus compañeros de oficina, incluso el a veces empalagoso Weinberg, se reanimó sin embargo. Bessie había tenido la desgracia de presenciar un suicidio de una joven, que se había arrojado de un rascacielos a la calle, quedando a su vista hecha un manojo de huesos rotos, en medio de un charco de sangre. Fué horrible la impresión y más para sus nervios de poca resistencia.

—Miss Bessie Green está indispu-
ta — acudió Weinberg a Mr. Te-
desco.

—Que la acompañen a su casa si
es preciso — contestó el abogado —...y
que Joe sirva la central.

—Me dió un mareo... no sé que
fué... la impresión de esta mañana.
Tomaré una pastilla de las que hay
en mi bolsillo; me sientan muy bien
y me calmará los nervios — contaba
Bessie a la señora Rexie, otra em-
pleada en la biblioteca grandiosa de
Simon y Tedesco, que acudió a pres-
tarle sus auxilios, tendiéndola en un
sofá de un recibidor privado, que ce-
rró hasta pasarle la crisis a la mu-
chacha.

—¿Qué le pasa a su amiga Bessie
hoy? — preguntó Mr. Simon a Miss
Gordon.

—¡La pobre vió tirarse a alguien
de una ventana! — repuso la secreta-
ria.

—¡Qué atrocidad... matarse de esa
manera!... — dijo Simon.

—Que más da... cuando la vida
pesa... Afuera espera alguien, Mister
Simon.

—¿Tan desdichada se siente us-
ted?... Si es Breitstein, que pase en
seguida, Miss Gordon.

A los pocos minutos y efecto de
las acertadas pesquisas, durante toda
la noche, del fiel Mc Fadden y de
Mister Malone, se había dado con el



...Emocionada la se-
ñora Bird, dejó el des-
pacho de Simon...



- ¡Ya me encuentro
mejor, gracias a Dios!
- dijo Bessie incorpo-
rándose de nuevo.



...y mientras la liberada señora Chapman esperaba en el despacho de Simon...



- ¡No te impacientes, hijo mío! - suplicó a su hijo la señora Bird.



- ¡Usted asesinó a su marido y yo la he defendido! ¡Eso es todo!
- le repuso el abogado a la señora Chapman.



- ¿No le presté fianza?
¡Si lo hice fué por su buena madre!... - le decía Simon al joven Bird.



- ¡Releve a Bessie si está indispuesta y váyase el sábado al foot-ball! - le dijo Simon a Joe.



Miss Gordon escuchaba mirando de hito en hito, la reprimenda de Simon a Bird...



- Voy al juzgado - le dijo el pasante a la secretaria de Simon.



...Bessi y miss Gordon, solían contarse sus culpas...



- ¡Una carta para los Crayfield! - dijo Simon a su secretaria.



- ¡Usted y Bessie y Bessie y usted - le gritó Simon a su secretaria.



- ¿Le ocurrirá algo a Mr. Simon? - preguntó miss Gordon a Tedesco.



- ¡Le ruego, le suplico que cene conmigo; no se excuse! - le dijo Weinberg a miss Gordon.



—...Entonces, podría esperarte en la Florida —le dijo Cora a su esposo.



—¡No tome las cosas a pecho! ¿Acaso no la trato como una hija?... —le dijo Simon a miss Gordon.

paradero actual de Mr. Breitstein y así se lo comunicó a su casa al amanecer a Mr. Simon. Breitstein no se hizo esperar y se presentó en el famoso bufete a media mañana.

—¿Te ha hablado alguien de aquel proceso?—le interrogó Mr. Simon.—¿Ni ha ido a verte nadie?... Aquel Cushman, que fué nuestro testigo para prepararte la coartada, se ha ido de la lengua en la cárcel ahora.

—He sabido, sí, que estaba preso, pero no me han dicho nada... Esto me arruinaría... ahora tengo un buen empleo y mujer y familia que mantener... ¿No tendrá esto malas consecuencias?... —intercedió Breitstein.

—¡Cálmate... si me obedeces, quizás no pase nada! Si realizo mi plan formado pronto estarás tranquilo!... En todo caso y si alguien te busca o te pregunta, tú dices que estabas en tu casa... ¡Cuento contigo, Breitstein!... Este asunto me podría perjudicar terriblemente! —le dijo Mister Simon a su antiguo defendido.

—¡Sólo sentiría que usted sufriera por salvarme!... A no ser por usted, yo a estas horas estaría en presidio... ¿Cree que puedo olvidarlo?...

—Anda y haz lo que te he dicho —terminó Simon, comprendiendo que el tiempo era oro para él y para Breitstein.

—Pero... ¿y si fueran al hospital donde me vió Cushman?... ¿Bas-

tará que yo niegue?... ¡No creerán que yo estaba en casa si Cushman canta de plano!... —fueron las últimas palabras de Breitstein dándole a sada una de ellas un timbre de duda y desesperación.

—¿Pero es que Cushman estaba hospitalizado el día en que te vió allí? —gritó Simon.

—Precisamente... eso me compromete—respondió el interlocutor—. ¡Ojalá le salga todo bien! Si quiere que se lo confiese, me temo que lleve esta vez las de perder si los abogados contrarios ponen empeño.

El asunto se presentaba bastante agrio ahora. ¡Precisamente cuando Simon había prometido a su esposa un viaje de recreo a Europa por cuatro semanas! Cora incluso se había despedido de Wilma hacía unos días, preocupada con los preparativos del viaje e incluso tenía impuesto a Darwin del día de la partida, el barco y camarotes que llevaban y la hora de la salida del buque. Incluso parecía probable que Darwin se decidiese a tomar un pretexto importante para hacer el viaje con Cora y su esposo; al menos así se lo había pedido Cora.

—Miss Gordon, necesito ver inmediatamente a Mc Fadden o hablarle al teléfono —ordenó Simon a su secretaria.

Y no tardó, en efecto, la obediente

muchacha en dar con el agente de confianza de su jefe y protector.

—Mc Fadden está al aparato, Míster Simon.

—¡Hola! Acabo de despachar a Breitstein de aquí... ¿Estás solo?... Conviene que vengas inmediatamente... por teléfono podran escucharnos... Puedes traer a Mr. Malone si tiene tiempo hoy... ¿Cómo?... después será demasiado tarde tal vez... ¡Estamos en situación muy apurada! ¿Tú conoces a Baird?... Ese dechado de virtud y gloria de la curia..., pues me tiene atrapado... me ha descubierto una coartada que pretende probar fué falsa... tenía que salvar a un raterillo cuya familia pobre me era conocida desde hacía años... y tú ya sabes nuestra ley... era reincidente por cuarta vez y le correspondían 30 años... Ese Cushmann, que está preso, declaró favorablemente... Ya te contará Breitstein... ¿eh?... sí, además tenemos que hablar tú y yo inmediatamente... esta mañana mismo.

Mal cariz tenía la cosa para Míster Simon, y sin embargo, no podía uno figurarse cómo un abogado de su talla podía dejarse atrapar de nadie. ¿Era posible que no encontrase recurso? ¿El, que tantas veces había admirado a la magistratura con sus coartadas de inapelable admisión? Así era.

Mr. Simon obró entonces, cuando

Breitstein era apenas un mozalbete, con la sana intención de enderezar a aquel muchacho, y lo consiguió, pero ahora lo iba a pagar bien caro probablemente. ¡El imbécil de Cushmann! Claro que Baird se ensañaría ahora con él, recién perdido el pleito en que tantos empeños había puesto. Y de obrar Baird como era de creer, Simon había perdido su carrera irremediablemente. Pero Simon era un hombre que en todo caso preferiría la muerte a semejante ignominia. Sobre todo, ¿cómo iba a perdonarle su esposa? Las consecuencias del escándalo podrían ser de sumo alcance. Por eso, cuando Mc Fadden se presentó en el despacho de Simon, encerrándose con éste completamente soló, ambos hombres trataron la cuestión como de vida o muerte.

—Miss Gordon, voy al Registro del Hospital — dijo Simon secamente a su secretaria, al salir brusco del despacho con Mc Fadden—. Probablemente volveré esta mañana antes de ir a casa.

Miss Gordon corrió al despacho de Míster Tedesco: —Perdone, señor Tedesco... ¿Le ocurre algo grave a Míster Simon? Ya sé que no debiera preguntarlo, pero...

—No pasa nada... tranquilícese—le había dicho el compañero de Mr. Simon, esquivando la conversación, mientras fijaba su atención en varios

documentos que se hallaba estudiando.

Weinberg, que observó la entrada de la secretaria en el despacho de Tedesco, aguardó a que saliera, abor-dándola: —Miss Gordon, ¿me permite invitarla a almorzar hoy?... ¡No se excuse, se lo ruego! Es usted cruel conmigo!...

—Lo siento, seor Weinberg, estoy muy ocupada... ¡Perdone! — le había respondido ella.

Bessie tenía a Miss Gordon al corriente de los cortejos del pasante Weinberg, de forma que ésta no correspondía a los deseos de pocos días a esta parte expuestos por el joven, por el doble motivo de orgullo femenino frente a su amiga y el respeto y cariño debidos a Mr. Simon, su protector, en cuyo despacho estaban. El aprecio de Bessie por Weinberg había disminuído hasta tal punto, gracias a la escasa formalidad de aquél, que con frecuencia podía Joe recrearse al oír frases como las siguientes:

—Llame al Colegio de Abogados. Bessie, ¿quiere? — dicho por parte del joven y rubricado por Bessie con respuestas como ésta:

—¡Llame usted, si quiere!

Mientras Simon hacía sus importantes diligencias y Mc Fadden por otra parte le ayudaba en sus planes, Darwin aprovechó aquella mañana para entrevistarse con Cora y ultimar los

preparativos del viaje. Aquello había tomado cuerpo y de idea atrevida se transformaría en realidad según el cálculo de los ya amantes. Nadie, sin embargo, había contado con una seria obstrucción en la formación y acabamiento de aquellos planes. Y existía quien sin saberlo Mr. Simon, velaba por su honra tanto como él pudiera hacerlo.

Era McFadden hombre de bríos y experiencia como queda dicho, y sobre todo individuo que tal vez por su propio pasado de delincuente peligroso había aprendido a distinguir entre el derecho al bien y al mal más que persona alguna. Al entrar en el servicio de Mr. Simon, como su agente secreto y su hombre de confianza, rechazado como habíamos indicado por la sociedad hasta el punto de no serle posible la vida en parte alguna, se había propuesto y hecho juramento especial de servir no sólo a Míster Simon en cuanto aquél pudiese sacar provecho de sus servicios personalmente requerido, sino que se había propuesto velar por el mismo Simon, bien que le pesase y por sus intereses, tanto morales como materiales, hasta exponer aquella vida que debía al abogado como quiera que fuese, ofrendándola en su servicio. Así quería Mc Fadden pagar en silencio no sólo sus crímenes sino su agradecimiento a Mr. Simon.

Mc Fadden observó irregularidades en la vida de Cora y se dedicó a descubrir si era o no digna de Mr. Simon. Poco tardó, en efecto, en observar la extremada delicadeza de Darwin para con ella, sus entrevistas y en fin la intencionada deferencia de entreambos. Mc Fadden no sólo se ocupaba seriamente de vigilar y descubrir a cuantos Mr. Simon le indicaba sino que en silencio y hasta de noche observaba los pasos de Darwin. ¡Qué agradecido debería estarle Mr. Simon de saber su fidelidad y espíritu de sacrificio! Pero ya llegaría el momento de todo.

En el Bar-Palace se entrevistaron solos Cora y él. Primero hubo Darwin le repetirle las gracias por la ayuda prestada en el caso de los Crayfield. Luego, Darwin temió que aquel viaje de Europa descubriese sus relaciones con Cora por muy grande que fuese el disimulo. Trató de convencerla para que abandonase la idea de ir a Europa aprovechando la ocasión de que Simon se hallaba imposibilitado de partir, aunque bien seguros estaban que partiría aunque fuese retrasando el viaje.

—En Florida, en cambio—argumentaba Darwin—nadie lo echa de ver. Wilma puede acompañarte. ¿Acaso no te gusta Florida? Allí nos conocimos y allí despertó nuestra pasión... ¡Ningún sitio mejor

para rememorar tan preciosas horas de nuevo! Además, te hace falta. Me gusta la península con su medio millón de habitantes, sus industrias florecientes de algodón, azúcar y tabaco a lo largo de la costa, sus 300.000 negros... ¿No le llaman nuestra Italia americana por su parecido en frutos, clima y extensión? Hasta mediados del pasado siglo, sus indios Seminoles que todo lo arrasaban y destrozaban, han dado a Florida fama romántica... Tal vez encontraremos sus cuevas y viviendas... Hoy el peligro ha pasado.

—Te gustan las historias, ¿verdad Darwin?... —le interrumpió Cora.

—Me gusta contártelas a ti—repuso él—. Me gustaría caer en poder de ellos contigo. Así cortarían el hilo de nuestra vida civilizada y ayudarían a nuestra unión. Miedo no tendría. Ya están más civilizados. Antes sí; a mediados del siglo pasado despusé de cometer toda clase de fechorías se refugiaban en las lagunas pestilentes y anti higiénicas del territorio constituyendo las mismas sus más formidables fortalezas. Swamp y Hammock eran dos de estas grandes lagunas desde la época en que aquellas tierras españolas y luego mejicanas florecían sin pesar en la doctrina de Monroe.

—Eres un enamorado de Florida, Darwin—le dijo Cora riéndose al parecer de su fluente cultura.

—Te diré, Cora.—repuso él—. Hace años que visito la Florida y aunque nunca te lo he dicho, mi abuelo ha sido gobernador de la Península de la que nos legó una famosa biblioteca. Era tierra de potentados como él. En la guerra de división del país, que duró de 1861 a 1864 y que terminó con la abolición de la esclavitud allí, aquello sufrió un violento golpe. Nuestras heredades pasaron a poder de extraños. Eramos españoles nacionalizados en Méjico. El país vino a menos; la inmigración aumentó en grado excesivo; los cargos públicos se repartieron de nuevo entre caciques y sus favoritos y la honrada gente hispana vió sus enormes empresas reducidas a la ruina...

...Con la mejora de vías de comunicación el florecimiento volvió sobre sí de su letargo. Los naranjales y limoneros cubrieron la faz del suelo aquél y el arado roturó nuevas tierras. Florida alcanzó de pronto fama mundial. Una expedición científica oficial descubrió a lo largo del país grandes yacimientos de fosfatos; ya en forma rocosa, ya en forma de polvo, ya en forma de barro. A tal grado llegó aquello

que Florida se convirtió en exportador de primera categoría para abonos de fosfatos. ¡Cuántos millones de hectáreas no se nutren de los fosfatos de Florida en el mundo entero y cuánto sobroso pan en todas partes no tiene su mejor fuerza de estos fosfatos que pudieron haberme pertenecido en grandes extensiones!...

...Me gustan los estudios psicológicos — prosiguió entusiasmado Darwin—y siempre he observado con el mayor interés el doble carácter de Florida. Por una parte el tipo del norte de América y por otra el ancestral latino dedicado a labores de campo y faenas ordinarias mientras que el primero sin ser más inteligente, pero sí más aplicado, ejerce industrias y, por lo general, posee la banca y el comercio. En los negros no hay que fijarse; son pueblo aparte de costumbres genuinas y aun habituados a que se les mande como en los tiempos de la esclavitud...

...Cora, muchas cosas querría hablarte de Florida, mi segunda, quizá mi primera patria... Es preciso que hables a Simon...—terminó Darwin acariciando las manos de ella.

Tampoco esta escapada de los amantes se le pasó por alto a Mc Fadden, que con toda la calma que

Dios le había dado, perseguía por cuenta propia y de Mr. Simon cualquier asunto de punta a cabo.

Entre tanto no habían dado el resultado apetecido las pesquisas del esposo de Cora, que desesperado volvió a su despacho con la esperanza aunque fuera remota de encontrar manera de saldar el arduo problema que le colocaba en condiciones de suma desventaja frente a frente con su compañero Baird.

Miss Gordon y Bessie aprovecharon la circunstancia de la ausencia de Mister Simon para contarse sus cuantas. La vida no ofrecía a la secretaria de Simon otro atractivo que el del agradecimiento a su bienhechor y el posible amor sin esperanza ni lógico motivo de ser alimentado que hacia él, como hacia su padre adoptivo antes, también ahora sintiese. Como un fenómeno que se repetía doblemente. Como si aquellas almas fueran gemelas, Miss Gordon creía en el budismo cuyas doctrinas aprendió en su correría por el Asia, en días de amarga duda y de pruebas difíciles. La caravana de su circo pasó también por el Tibet, en cuyas fronteras se desencadenaba una sangrienta lucha entre aborígenes y asiáticos del imperio encintado en la famosa muralla china.

La caravana se puso bajo la protección de una columna de ejército,

que bien pronto tomó posiciones en la dirección o ruta misma de los artistas. Debido a su agregación a la columna militar dicha, la pequeña Gordon y los suyos pudieron hacer observaciones y estudios psicológicos vedados a comerciantes, viajeros o misioneros mismos. Con frecuencia actuaron para la tropa en reconocimiento al servicio prestado y con la tropa se veían obligados a tomar acuartelamiento, siempre de paso, según la costumbre, en las amplias entradas de los conventos budistas o taoístas, cuando no en los patios de lugares a veces sagrados.

Miss Gordon aprovechó con su padre aquellas horas exóticas para hacer pequeñas excursiones, siempre que el lugar y el tiempo lo permitían, a fin de enriquecer sus conocimientos sobre el país. Por desgracia, no entendía el idioma de aquellas gentes, limitándose siempre a la observación de cuanto veían. Pero de todo ello se dedujo para los artistas siempre una enorme sencillez y parecido con las costumbres del cristianismo. Las mismas tonsuras; algunos conventos de monjas; conventos de frailes con sus severas reglas; imágenes de divinidades que se parecían enormemente a la Virgen María y a algún que otro santo de la cristiandad; procesiones; incienso; cantos litúrgicos; rosarios, etc., etc., to-

do como entre cristianos. ¿Por qué aquel enorme parecido entre ambas religiones? La pequeña Gordon no comprendía más y observaba y se alimentaba de aquellas ideas y se adaptaba al medio ambiente. Aquí reliquias budistas; allá campanas; en el otro lado, báculos como los episcopales y luces como las de nuestras capillas... Entonces supo que aquella religión era medio millar de años más antigua que la cristiana... pero los suyos le enseñaron incluso que los tibetanos aprendieron y tomaron nuestros ritos y costumbres. ¡Quién sabe! China era la tierra de los conventos y lugares sagrados, quizás más que la India. Con frecuencia pasó Miss Gordon por conventos que abrigan hasta 10,000 monjes, llamados An-shu, o ciudad-convento, en chino. En los campos se veían con harta frecuencia como especies de sembrados con un altarcito donde se veía invariablemente un anciano y un joven, es decir el monje con su aprendiz de monje como podríamos decirles.

Las enseñanzas de Fenh-Shui constituían en aquellos conventos una doctrina importante. Y en cuanto a los edificios, podría decirse que guardaban completa relación con el paisaje incluso los célebres conventos. La pequeña Gordon se había hasta cierto punto formado en parte del citado ambiente, que tal vez correspon-

día a la mezcla de su sangre por algún extraño atavismo y a los dolores que en su alma desde su infancia guardaba.

La huella budista debió influir bastante en su ánimo. Según las disposiciones del propio Buda, aquellos conventos situados en lugares no sólo solitarios sino rodeados de singulares paisajes y metidos en su muro y hasta rodeados de sencillos bosques a ser posible, habían hablado derechamente a su alma. Cada falda alegre de un montículo o cada bosquecillo delataba uno de dichos conventos en donde no faltaban las fuentes o lagunas fertilizantes. Los monjes tonsuraban toda su cabeza y contaban con espaciosas bibliotecas, refectorios, cocinas y despensas, además de la indispensable sala de actos. En el patio no solía faltar la laguna sagrada, con sus lirios, peces, tortugas de agua, pájaros domesticados y demás aves, ya que en la doctrina de Buda todo lo viviente es sagrado. A veces se hallaba entre los monjes animales salvados de algún peligro y delicadamente cuidados para toda su vida entre ellos.

La capilla de dichos conventos solía mostrar ricas estatuas de Buda y aun contra las prescripciones de éste, a Kuan-Yin, la diosa de la Piedad, (correspondiente a nuestra Virgen de la Piedad), patrona de los pescadores, y a Kwan-Ti, el dios de la guerra. A

Buda se le encontraba en tres distintas posiciones: sentado, de pie y tendido. Pero lo que más abundaban eran los lirios de agua en cada laguna, por ser dichos lirios en la enseñanza de Buda la representación de la pureza nacida del fango.

Más de una vez Bessie se había embebido con las narraciones de Miss Gordon a la que tal vez vislumbró Mister Simon al convertirse en su protector más decidido. En verdad que aquello resultaba no sólo interesante por demás, sino incluso fortalecedor. Aquellas paredes de los conventos aquellos tibetanos, con pinturas mitológicas de la vida del alma, del sueño, de la muerte, de la transmigración, del infierno, pero un infierno terrible para nosotros, incluso los cristianos, etc., se habían grabado en su alma. Pero lo que más le había llamado la atención era que entre aquellas pinturas arcaicas se encontraban paralelas demostraciones del descubrimiento de la electricidad, el invento del pararrayos por Franklin, la ciencia europea y hasta calles europeas y su vida y movimiento. Una prueba de aquellos sacerdotes no son ajenos a nuestra cultura.

Sobre la vida de aquellos monjes, Miss Gordon aprendió que desde niños comenzaban su aprendizaje y enseñanzas con monjes solitarios o bien en el convento mismo; y otras veces

se enviaban al mismo por sus padres debido a un voto hecho a Buda en tal sentido a la manera de los cristianos. No faltaban los padres que sin vocación y queriendo ver a su hijo asegurado y en ambiente distinguido los dedicaban a la carrera sacerdotal, lo mismo que entre nosotros. La ordenación de dichos sacerdotes una vez presenciada por Miss Gordon era cosa espantosa. Se les rapa bien la cabeza y se cubría la misma con varias masas de una materia inflamable que después se encendía, de suerte que ardía hasta en el propio cuero cabelludo. Cualquier queja lanzada sería su perdición, pues no se le ordenaría. Para Buda, todo monje debe hallarse en condiciones de matar la materia y «entregar sus manos, sus pies y su carne a las fieras salvajes» si se le pide. Sus túnicas, según la prescripción de Buda, se componía de trozos de tela amarilla y vieja que habían de obtener mediante limosnas y coserse unas con otras ellos mismos siendo de color amarillo. Y su comida era puramente vegetariana, si bien Buda no les ha hecho prescripciones en tal sentido. Rezaban, se daban a la meditación aislados y en coros y otras veces leían escritos sagrados.

Igualmente tenían algunos oráculos. El pueblo celebraba en febrero su fiesta religiosa más importante, si bien no pertenecía la misma a la enseñan-

za de Buda. Se rezaba por el espíritu y por la consecución de la verdad, y el uno pedía a los dioses le diese buena cosecha, mientras el otro clamaba por tener prole o bien porque le saliese bien un negocio. En una ocasión, Miss Gordon comprobó cuán lejos estaban los culis de ser religiosos, ya que al llegar la tropa a acuartelarse en un convento, tiraron y rompieron una infinidad de ídolos de madera pintada, para proporcionarse sitios cómodos.

En su interior quizás fuera Miss Gordon una Budista. Pero tal confesión no había llegado a hacerla. De tal modo le habían intrigado las ligeras enseñanzas tibetanas que en cuanto pudo se dió al estudio de la religión de Buda. Y aprendió que el príncipe Siddharta Gautama se convirtió a sus 29 años de edad, después de llevar una vida de lujo y comodidades y que su conversión fué debida a sus meditaciones sobre tres motivos por los que hemos de pasar sin piedad ninguna: la vejez, la enfermedad y la muerte. El joven Gautama se había retirado al bosque, dejando palacio, mujer e hijo y justamente a los 37 años el Shakyamuni o monje recibió la luz que aguardaba bajo el árbol Bodhi. Ciertamente—se decía Miss Gordon—que no podía por menos de ser cierta la teoría de Buda. La vida sólo consiste en un con-

tinuo sufrir como ella misma experimentaba. Y este sufrimiento era la eterna sed y el ansia continua de algo, también como a ella le pasaba. Buda le había enseñado que el sufrimiento continuo de las almas es semilla constante de nuevos sufrimientos y de afán de vivir, que es sufrir. Pero también le enseñó que hay dos formas de vida: la ejemplar y la perniciosa, y que las mismas conducen por escalas correspondientes a la felicidad del perfeccionamiento y abandono de la existencia y sufrir o a la retrógrada de aumentar el ansia de vida y con la misma de los sufrimientos propios y de todos...

¿Qué medios había proporcionado esta enseñanza para lograr la paz interna? Había que matar el deseo de ser y de vivir. Eso que para la gente sencilla es algo sin sentido, para el verdadero pensador es la perfección de la sabiduría suma; lo que llamaríamos la santidad en sentido cristiano. Pide Buda que se sigan sus siete reglas: creer bien; decidirse bien; hablar bien; hacer bien; vivir bien; aplicarse bien; pensar bien y meditar bien. Y para ello ordena que se sigan sus mandamientos que son diez: no matar nada que tenga vida; no robar; no ser lujurioso; no mentir; no emborracharse con nada; no comer en determinadas horas; no divertirse mundanalmente; no usar jo-

yas; no tener casa muy espaciosa; no tener oro ni plata. La diferencia entre esta doctrina y la establecida por Moisés en el Decálogo, había arraigado con profunda simpatía en Miss Gordon, precisamente por haberla conocido en la edad en que todo se asimila más perfectamente.

Aunque nos extendamos más en estas consideraciones referentes al conjunto de causas que contribuían a formar el carácter de Miss Gordon, no dejaremos por ello de exponerlas, ya que son parte esencial del relato comenzado. Nos obliga además a ello frente al lector, el interés de la evolución verificada con el tiempo en el ánimo de Miss Gordon, por la que Mister Simon sentía creciente y silencioso apego, tiene en efecto. ¿No puede ser causa de grandes emociones y de sorpresas insospechadas la preparación moral que como única dote Miss Gordon llevaba consigo en la vida? Ella se bastaba así y no es de extrañar que mamá Simon dijese cierto día a su hijo, según hemos visto: «¿Por qué no encontrará tu secretaria un marido, una muchacha tan

ejemplar?» Mamá Simon no conocía a Miss Gordon ni ésta tenía gran interés en que se preocupasen de ella.

Consideremos que los primeros cinco Mandamientos de Buda estaban hechos para el creyente y los cinco restantes para el monje únicamente, y comprenderemos con nuestra protagonista que su observancia ni implica negación del trabajo conforme a la sociedad moderna incluso. Hay que considerar la razón expuesta por Miss Gordon en una ocasión a Bessie:

—Algo—le dijo—tiene aquella doctrina, que sin cruzadas ni guerras al estilo cristiano o mahometano en las épocas florecientes para imponer sus dogmas, y sí de una manera persuasoria únicamente, cuenta con 500 millones más de creyentes que la cristiandad misma...

—...y créeme, preferiría la discusión con un ateo antes que con un budista, enemigo de gigante talla frente al cristianismo si se estudian sus dogmas y se discuten sus doctrinas—le añadió otro día a su misma amiga.

MR. SIMON SE AFRONTA CON SU CRISIS

Pero volvamos a ver qué es lo que el abogado Simon pudo hacer para salvarse de aquel compromiso; de aquel encuentro con Baird después de vencerlo en la lid profesional siendo el más reputado curial de la City, y el mismo que ahora lo tenía en el más grave aprieto. Y veamos también cómo cumplía Mc Fadden sus encargos y cómo le daba cuenta de su actuación a su salvador, Mister Simon.

Lo primero que le ocurrió a Simon fué que sus pesquisas en el hospital resultó inútil por completo, por cuanto se podría comprobar que el testigo Cushman se hallaba en cama el día de autos y no en casa de Breitschein con éste. En la oficina, donde Simon llegó ya tarde, había un buen

número de clientes. A ninguno, sin embargo, atendió, enfrascado con el problema que le traía de cabeza: desarmar a Baird para que lograra su expulsión del Colegio.

—Que no pase nadie y llame en seguida a mi esposa y a Mc Fadden; a éste último que venga inmediatamente a verme—ordenó a Miss Gordon el torturado abogado.

No bien había acabado de pronunciar dicha orden cuando Bessie le anunció la llegada de Mc Fadden.

—Ven acá—le dijo precipitado Simon, al entrar éste—. Tú conoces al abogado Baird y sabes dónde vive... Necesito que lo espíes... sobre todo de noche. No pierdas un momento ni económicas ningún dinero y ponme al corriente de dónde estás y qué ha-

ces cada tres horas... Corre. ¡Marchate!...

Mc Fadden salió precipitado sin abrir los labios, mientras que Miss Gordon le anunciaba al abogado que su señora estaba al teléfono.

—¡Estoy muy contrariado, visita! —comenzó Simon, arañando excitado en los papeles de su mesa —. Salí por un asunto muy enojoso... No te contraríes...

—¡Ya sé que se aguará el viaje... ¡Siempre pasa lo mismo!... Si algo te impide embarcar ahora podemos encontrarnos después... Comprenderás que después de tenerlo todo preparado... — le exponía Cora disgustada.

—Vente aquí... comeremos juntos y arreglaremos eso — le suplicó Simon.

—Ahora sería imposible — le repuso Cora —. Pero después de una hora te podría ir a buscar... Darwin ha venido a verte y juega con los niños ahora... Ya sabes que no quiero demorar el viaje. Además, puedo ir a la Florida hasta que tú termines tus asuntos.

—¿Quiere algo Darwin?... Aprecia mucho a los nenes, ¿no?... — insistió Simon.

Los visitantes de Mr. Simon se impacientaban. Leyendo revistas y comentando los asuntos del día unos lo pasaban distraídamente, mientras

que otros hacían ademán de querer marcharse en vista de lo avanzado de la hora.

—¿No recibirá hoy, Mr. Simon? — preguntó a Weinberg un impaciente.

—Si pudiese avisarle recordándole que nos ha llamado aquí para hoy...

—le dijo a Bessie la señora Bird que también aguardaba con su hijo.

—¡Después de estar yo aquí toda la mañana! No puedo perder más el tiempo y siento decirle que no consentiré que pase delante de mí... — gruñó otro de los circunstantes, con cara de malos amigos.

El joven Bird lanzó una mirada de odio al que acababa de hablar, volviendo a poner sus ojos en el suelo, silencioso, al lado de su madre. Era éste un muchacho robusto y alto, que traía la cabeza completamente vendada a causa de los sucesos políticos en su última detención y que dado de alta en el hospital donde ingresó en calidad de arrestado había obtenido la libertad provisional merced a la fianza puesta por Simon a raíz de la visita de la señora Bird en demanda de protección.

Sin saber lo que hacía, Simon salió a la sala de espera a confiarle a Weinberg un asunto. La señora Bird y su hijo se levantaron. El abogado estrechó la mano de aquélla y golpeándole en el hombro cordialmente, le dijo:

—¡Hola, mamá Bird!... Estoy con usted en seguida.

—Ordene entrar al hijo de la señora Bird sólo, sin su madre... quiero echarle una reprimenda — le dijo Simon a su secretaria al volver a su mesa.

Pronto, frunciendo el ceño, con cara de pocos amigos, el muchacho se presentó sin mirar casi a Mr. Simon, ni mucho menos decirle unas palabras de saludo. Miss Gordon se retiró discretamente.

—¿Lo han golpeado a usted?... ¿Cómo está? — le interrogó Simon y como el muchacho no respondiese ni siquiera levantase la cabeza para escucharle, prosiguió más enérgico:

—¡Así escarmentará usted!... No crea que le tengo lástima... si le ayudo es por su buena madre... La pobre se merece otro hijo que no usted... ¡Hable... míreme!... ¿Acaso no me necesita? ¿No sabe que le he pagado la fianza para que salga de la cárcel... para que su madre le vuelva a tener a su lado... para que trabaje usted por ella?...

—¡Por mí... retire usted la fianza indecente de que me habla y échelo a la cara de sus parásitos para que se bajen y acaben de pisotear su dignidad si les queda alguna a ninguno!...

—¡No seas niño y escúchame! — le reiteró Mr. Simon, amigablemente

te —. Tienes que regenerarte; tienes que pensar en tu madre y en tu propio porvenir... ¿No quiero tu bien, acaso?...

—¡Yo no necesito de sus consejos de usted, ni quiero escucharle! ¡Usted y yo pertenecemos a clases bien diferentes! Le odio a usted; a todo el que es como usted; me daís asco... — comenzó a gritar iracundo el joven Bird, cuya presencia era la del típico revolucionario hasta el fanatismo.

—¿No sabes tú que yo también nací en el arroyo?... ¡Pero a mí me ha emancipado el trabajo!... ¿Te crees quizás que no conozco el trabajo corporal y la miseria?... ¿Te has pensado qué no sé lo que es el hambre? ¡Tu madre lo sabe muy bien! ¡Déjate de comunismos y de luchas de clases, y piensa en tí y en tu madre misma! — le respondió igualmente a gritos Mr. Simon.

—Lo que tú eres, ahora voy a decírtelo... ¡Te voy a decir cómo te has emancipado! ¡Lenguarón, como todos los de tu calaña!... ¡Un renegado... con tus autos... con tu finca... con tus concubinas aristocráticas... con tus hijos putativos!...

—¡O te callas o te rompo la crisma, miserable!... — le dijo Simon levantándose en vilo de su asiento.

—¡Venga, pega lo que quieras!... ya estoy acostumbrado... ¡Pégame tú

también, opulento camarada Simon... traidor... canalla! — le volvió a gritar despectivo y babeando de ira Bird.

Aquello trascendía en escándalo. Simón, que preveía que el joven no se dejaría aconsejar por nada del mundo, le rogó, le instó para que saliese de su despacho, mientras tocaba al timbre llamando a Miss Gordon. Al tiempo que Bird salía maldiciendo aquella casa y sus habitantes, la secretaria de Simon, que todo lo había escuchado, sufriendo lo indecible de nuevo al oír los improperios que Bird y Simon se habían dirigido, no había podido contener sus lágrimas y entró limpiándose con su pañuelo los ojos encarnados, sin pretender ni siquiera disimular lo que saltaba a la vista.

—¡Me cansaré mil veces en vano de decirle a usted que no tome a pecho mis conversaciones profesionales!... ¿Prefiere usted marcharse a descansar ahora? — dijo Simon, al verla emocionada.

—¡Perdone, Mr. Simon!... No lo pude remediar...—dijo Miss Gordon, poniéndose a su disposición y tratando de rehacerse.

—¿Ha llegado Cora, mi esposa?—inquirió éste.

En la antesala, la esposa de Simon se acababa de despedir de Darwin. Si no toda, gran parte de la conver-

sación la habían escuchado ambos sin saberlo el abogado. Aquellos gritos habían sido demasiado. Incluso Mister Tedesco llamando a Weinberg, le rogó le dijese si había alguna novedad.

—Ahora mismo se ha marchado Darwin... Me acompañó hasta aquí y no te saludó porque tenía prisa y además te ha visto demasiado excitado—le dijo Cora a Simon, dejándose besar por su esposo.

—¡Cora, mi carrera peligra!—fueron las primeras palabras de Simon.

—Quieres decir que no partirás conmigo—replicó ella, sentándose.

—¡El asunto de Baird me arruinará! ¡Es en serio! ¡Ahora más que nunca te ruego que te quedes a mi lado!... ¡Aplacemos el viaje! — insistió él —. He hablado con Breitschein... he estado en el hospital donde se dijo que Cushman estaba aquel día de la declaración de autos. ¡Es un falso testimonio de que pretende inculparme Baird ante el Colegio de Abogados!...

—Yo no me iría si pudiera librarte de esta situación en que te has colocado y me has colocado a mí también... Pero comprenderás que no puedo... No debes ser egoísta... — comenzó ella a razonar.

—Tienes razón, Cora... Soy egoísta... Gracias por tu bondad.

—Estoy citada en el Ritz con Wil-

ma, y a las dos tenemos que estar en casa del peluquero... ¿No puedes salir aún?... — dijo Cora haciendo ademán de levantarse.

—¿Wilma tiene más importancia que yo, Cora?... Son momentos en los que no quiero que me pospongas a nadie... debiera exigírtelo... — dijo impulsado por los celos Simon —. Es más; no comprendo que te empeñes en convencerme de mi egoísmo cuando te suplico me esperes hasta ver qué resulta del asunto de Baird... Es preciso que te hagas cargo de la magnitud del compromiso... Por lo demás, quiero que me perdones si el ser mi esposa en estos momentos te supone una carga... ¿Por qué has de decidirte a volver a la Florida quizás de nuevo con Wilma, al fin y al cabo viuda y con menos compromisos que tú?...

—¡Esto y más te mereces tú!—dijo Cora, contrariada.

—¡No podía dejar condenar a Breitstein! ¡Eu muchacho tuvo desgracia y se regeneró!...—repuso el abogado.

—¡También es posible que se regenerare el comunista que tenías aquí hace momentos!—volvió a decirle Cora —. ¡No te lo censuro, pero si encuentro tu situación sumamente desairada!... Esa familiaridad con rateros y perjuros dará lugar a algún escándalo de marca mayor... Darwin se

ha avergonzado de entrar conmigo después de escuchar tu «consulta» anterior...

—¡Cora! No te conozco... — le insinuó Simon a su mujer.

—No es que me importen mis amistades más que tú... pero, ¿qué dirías tú en mi lugar?... Luego, debes pensar en mi familia... ¿o quieres pretender que me resigne a la humillación que me espera si Baird logra desacreditarte?...

—Prefiero irme a Florida... — siguió Cora, ante el asombro de su marido —. Cuando haya pasado la tormenta vendré a tu lado... tengo mis razones, como ves, para no aplazar este viaje...

Al terminar la entrevista de ambos esposos, cierta tirantez no pudo menos de sobrevenir. No pareció sino que pretendían ponerse contra Simon todas las buenas dadas de otras veces. Unicamente, quedaba una persona en su despacho capaz de sentir como él y de tenerle no sólo respeto sino de prestarle ciega obediencia: Miss Gordon, miró el reloj y en vista de lo avanzado de la hora, húmedos sus ojos por cierta pena sentida y retratada en sus facciones morenas, entregó a Simon su sombrero al ver que éste hacía ademán de levantarse también.

Aun quedaba otra persona que velaba por el interés de Simon: Mc

Fadden. Pronto sabría el abogado donde estaba su fiel agente que, como Miss Gordon, sabía al menos mostrarle su agradecimiento en la senda del deber.

Primero de salir, Mr. Simon, luego de saludar a su secretaria, se dirigió a ver a Tedesco.

—Tendrás que ir a Washington por mí—le dijo a su joven colega—. Tedesco, he probado todo y no hay salida... Yo me quedo aquí por lo que suceda y porque tengo que estar en constante contacto con Mc Fadden... Le he dado un serio encargo.

—Te conviene descansar ahora—le repuso Tedesco a Simon, al verle todo desencajado.

—Sí; lo creo... pero antes tengo que avenirme con Cora... ¡Pobre! ¡Una mujer de su linaje casada con un abogado, degradado tal vez dentro de poco!... Has visto el correo... si hay algún aviso de Mc Fadden?... Es probable que le vea pronto... le he dado órdenes concretas... —explicaba Simon a Tedesco, azarado y atropellando las palabras.

—¡Ah! Una noticia desagradable, Simon... No hace dos horas recibiste a Bird, el comunista en libertad provisional... Bueno, debió tomar a pecho tus reconvenciones... Parece que discutió con su madre por haberle traído y llegó a casa en estado de suma excitación... Tenía una herida gra-

ve en la cabeza, y ha sufrido una grave hemorragia cerebral...

—¿Quién lo dice?... —inquirió Simon.

—Su madre rogó al facultativo que acudió que te comunicasen la noticia... Acababan de llamar... El muchacho ha fallecido... —contestó Tedesco.

—¡Es horrible! —murmuró Simon—. Llama a Miss Gordon, haz el favor, antes de que se vaya, y dile que disponga que el entierro sea por mi cuenta y que envíe a su madre un cheque de 500 dólares.

—Darwin acompañó a tu mujer aquí y estuvo a verme —prosiguió notificando Tedesco a su compañero—. No quiso molestarte según me dijo... Trajo buenas noticias. Las acciones de la Telefónica han subido un cuarto otra vez. Están a 28,25 y ha ganado 10,000 dólares. También nos felicita por tu acierto al adquirir algunas hace días gracias a tu iniciativa.

—Que más, Tedesco... ¿Ha ocurrido o venido algo más?... —dijo Simon impaciente por marcharse, mientras dejaba a Tedesco enfrascado en sus labores.

Como un enajenado salió en dirección a su casa Simon, sin apenas reparar en las visitas que comenzaron a desfilar detrás de él, y mientras Tedesco daba a Miss Gordon las ór-

denes oportunas para el entierro del hijo de la señora Bird. La secretaria estuvo a punto de caerse con un síncope. Completamente pálida ante el trágico desenlace de aquel fanático muchacho que dejaba a su madre en la más terrible soledad, dispuso cuanto Simon ordenó. Lo primero que hizo en vez de irse a comer fué comprar un grandioso ramo de flores y una corona magnífica y mandarlas a la señora Bird.

En su casa Simon comunicó a su esposa la triste nueva del muchacho Bird ante la indiferencia de Cora. También le contó que le pagaba él el entierro y que había mandado una ayuda a la señora Bird, su antigua vecina, sin lograr una respuesta de su mujer.

—Quizás sea digno de envidia—le dijo a su esposa—. Como quiera que sea, él murió por un ideal... ¡Peor le hubiera sido envejecer y morir al fin deshonorado!...

—¿Haces alusión a tí mismo?... —dijo por fin Cora.

—Tal vez... pero a tí no te interesa gran cosa... No es que pretenda llorar al muchacho... Seguramente Miss Gordon lo hará por mí de todo corazón. Cora, he trabajado últimamente demasiado... quizás me convenga descansar ahora... ¿No hubo noticias de Mc Fadden?... Hace tres horas

que lo despedí en el despacho y me interesa saber de él...

—¿Mc Fadden?... —dijo Cora—. Hace dos horas hablaba en el Ritz con unos caballeros, si bien no debió verme.

—Es un hombre fiel, Cora, y espero que me libre un gran servicio. Su recompensa no será pequeña... él me conoce. Tu camarera puede avisar un taxi. Voy al despacho por si me busca... Si viene, le dices que vuelvo en seguida.

Cuando Mr. Simon se dirigió a la calle para regresar al despacho, ansioso de saber de Mc Fadden, éste acababa de llegar, tropezándose ambos en la puerta.

—Miss Gordon me dijo al teléfono que lo encontraría a usted tal vez en casa—se apresuró a decirle el agente al abogado.

—¿Conseguiste algo? —inquirió rápido Simon.

—No es tan fácil. Acabo de hacerle dos servicios... ya hablaremos. Esta noche debo partir para Washington y necesito un cheque. Volveré el viernes si no hay novedades. Hay una pista de Baird, que quiero aclarar. Eso si me deja usted guardar el secreto hasta que el resultado sea positivo. Y si falla, bastante mala suerte tendré.

—¡Mc Fadden!... ¿Cuánto necesitas?...

La emoción se apoderó de Simon por unos instantes. Los dos hombres se encerraron en el despacho particular del abogado y las impresiones cambiadas no debieron ser del todo malas, ya que Simon se avino a conceder a Cora lo que quisiera e incluso que saliese para la Florida antes que él, para luego él mismo hacer el viaje a Jacksonville y de allí partir unidos para Europa. Eso, caso de que las cosas resultaran bien. En otro caso, él, Simon, usaría del telégrafo para imponer a Cora de la marcha de los asuntos.

Mc Fadden se marchó de la casa de Simon con sus planos formados. Sin decir nada a su jefe, se había buscado un subagente de lo más apropiado: Jack el negro. Un atleta color de chocolate, muy inteligente y más fiel aún, a más de dispuesto a todo cuanto quisiese quien le pagaba seguro de que Jack se dejaría matar antes de faltar a sus deberes y ofrecimientos ni abrir el pico sobre asunto que se le encomendase. También era buena la paga. Mr. Simon había dicho a Mc Fadden: «Y no ahorres dinero ni medios, sean los que sean...» Por lo que con tal de que sus servicios fueran buenos, el agente tomó de su cuenta y riesgo a Jack. Ya lo sabría Mister Simon y ya le daría la enhorabuena.

Por de pronto, Jack pasaría des-

apercibido. ¿Quién iba a pensar en la vigilancia de un negro? Pero Mc Fadden, sin decirle a Jack de quienes se trataba le ordenó categóricamente:

—Vigilas a esa mujer, sin meterte en saber quién es, y me dices dónde para, qué rutas hace, con quién se relaciona o convive, qué vida lleva... y a qué partes acude, sin perderla de vista ni que note tu presencia por un momento. Y en cuanto al joven que sabes, idem de idem... En ello te van mil dólares de premio, además de la dieta de 5 dólares diarios, viajes y fondas pagadas... Y cuenta con que si te dejas sorprender o traicionas el servicio que te encomiendo te abraso la cabeza donde quiera que estés y te delato por estafa a Mr. Simon... Con que supongo que no querrás entendértelas con el mejor abogado de Nueva York. El no puede ni quiere encargarse personalmente del servicio.

Jack había sido agente subalterno de la policía en la persecución del gangsterismo y sabía del oficio. Ahora estaba cesante de dicho servicio, y Mc Fadden acudió a él, obteniendo en seguida su asentimiento. ¿Qué sospecha podría infundir Jack en la vigilancia de Cora y de Darwin? ¿Acaso no estaba sembrado Nueva York como la Florida de negros que ejercían oficios subalternos como residuo

de la sociedad yankee, que los rehuía como perros infectos? Cuanto mejor para nuestro subagente la consideración en que se tenía a su raza para los servicios que había de desempeñar.

Mc Fadden era perro viejo y conocía perfectamente las relaciones entre negros y blancos y según la clase de blancos, y había dado a Jack dinero e instrucciones sobradas. En Nueva York mismo y siguiendo las costumbres de la City, Jack había salido con frecuencia del todo encopetado, con chistera y guantes de cabritilla y camisa almidonada, así como se había paseado por los alrededores del puerto hecho un maleante, según las circunstancias. No es extraño, ni nadie se fija en semejantes figuras, ya que en la mayoría de los casos bajo el frac y la chistera de un negro que se pasea gravemente por una avenida, suele ocultarse un cocinero, o un limpiabotas o un mensajero, que sabe economizar para aparentar en las fiestas ser sujeto opulento.

Apenas uno sube a un barco, en seguida tropieza con la servidumbre negra. No parece sino que el tipo de raza negra está predestinado para tales menesteres en Norteamérica más que en parte alguna. Con sus trajes blanquísimos y sus servilletas al brazo los mozos y con sus gorros los cocineros para mejor marcar su

dignidad de tales. los barcos ofrecen camino de Florida un bello aspecto meridional. Aquellos mozos negros son, por regla general, más corteses que los blancos, quienes aun dentro de sus chaquetas blancas y aun con sus servilletas no llegan a espantarle a uno las moscas de vez en cuando o a sonreírle al pasajero en cada servicio o mirada con la fineza de que el negro es capaz, ya que el «caballero» queda siempre demasiado ostensible en el servidor de raza blanca. Por eso Cora siempre se hacía servir por camareros negros.

Veamos cómo cumplió Jack con su cometido sin inspirar desconfianza. Al día siguiente de recibir el encargo de McFadden, ya nuestro Jack tenía completamente preparado su plan. Averiguó que Cora saldría con el «Morgan» para Jacksonville y puesto de acuerdo con la servidumbre del barco ingresó, merced a una determinada suma que hubo de regalar a su cómplice, en el mismo en calidad de «camarero». Una vez de partida, tomó el turno del mozo de la cabina correspondiente a Cora, la que no pensó ni lejanamente que su encuentro en el Ritz con McFadden tenía relación directa con este camarero que la «suerte» le deparaba.

Por supuesto que Darwin no dejó a Cora marcharse sola, aun expuesto a llamar la atención de su esposo caso de sospechar por la ausencia de ambos alguna infidelidad. Esta vez Darwin se extendió en consideraciones sobre la raza negra en Norteamérica y en especial en Floria, a propósito de la excesiva amabilidad de Jack el camarero y a fin de distraer a Cora.

—En Floria—decía Darwin—el negro compone la mayor parte de la población en las minas de fosfatos. El calor se hace allí irresistible; las minas, con frecuencia faltas de ventilación mecánica y cuyas paredes de rocas fosfatadas despiden un intenso calor, espantan a la población blanca con exclusión casi del trabajador italiano. El negro trabaja y ríe constantemente en esa atmósfera inaguantable. El hijo de los esclavos de antaño. El negro no se queja ni del calor excesivo ni del trabajo durísimo en aquellas minas. Sólo el agua le impacienta y para eso tienen muchachos de su raza que les reparten la misma de cuando en cuando...

—...desde las cinco y media de la mañana que empieza su labor no paran de trabajar durante unas doce horas, y cuando pueden montar en la máquina del tren liliputiano que transporta las cargas de fosfa-

to desde la boca de la mina correspondiente a los depósitos eventuales, corren, gritan y se apelonan y divierten por ir unos segundos en tren nada más. Son de alma de niños. La suciedad del trabajo negro es su característica. Si compran una pieza de vestir ya no se la quitan hasta que se cae hecha pedazos. Mucho menos se mudan de ropa como el hombre blanco. Si se les cae un botón, como quiera que no usan ni agujas ni hilo, prenden con trocitos de madera nuevamente el ojal correspondiente...

—...parece increíble lo duro del cráneo del negro en general. Una de sus distracciones es romperse palos de regular grosor en la cabeza unos con otros. En cambio, sus pantorrillas y muslos suelen ser débiles, hasta el punto de que cuando un blanco riñe con un negro, aquél suele atacar a éste castigándole las piernas o rodillas... Los hay que parecen verdaderas estatuas, nobles y pura raza, de carnes y músculos bronceados... Los mezclados de tipo semiespañol, semi-francés o semiitaliano o inglés y de colores más claros, no son tan interesantes... podría decirse que moralmente tienen frente a los primeros grandes desventajas como la práctica prueba. Los de raza mezclada son a veces tan horriblemen-

te feos que llegan a causar espanto. Les gusta comerse las tortugas y viven en barracas que se construyen por grupos de hasta 100 de maderas desechadas de la industria del fosfato. En sus «poblados», que llenan de hogueras durante la noche y en los que se canta sus típicos cantos y sus danzas febriles entre risas y griterío, reina la alegría que el trabajador blanco desconoce... la alegría de una muchedumbre feliz a la manera estudiantil nuestra...

—...el negro de la Florida habrá desaparecido en unos 300 años—dijo Darwin a Cora—. La raza degenera cada vez más bajo la influencia blanca. En cambio, el negro de Haití, libre y sin dominadores, crece y se multiplica a placer como el negro africano... Estas «aldeas» de negros descritas muestran un desorden familiar enorme... Quizás su alegría sin límites se debe a la libertad prolongada en guerras cruentas hace unos cinco decenios, cuando aún seguía la esclavitud. Hoy los campamentos de trabajadores negros nos muestran a lo sumo hasta cuatro verdaderamente casados. Los demás viven como bestias y degeneran en toda clase de vicios, hasta el punto de que así como el norteamericano contribuye con el alcohol y las enfermedades

venéreas a acabar con la heroica raza de los pieles rojas, así abandona a estos infelices a su vida primitiva impulsándola incluso, como muestra el hecho de que si alguna «dama» negra aparece por un campamento de ellos, los vigilantes blancos la expulsan inmediatamente...

—...el negro no se viste para estar limpio e interesante, sino para librarse del frío, o cuando sus ropas se le caen en pedazos. Lo mismo le ocurre con las comidas. No tiene como el blanco hora determinada de comer: comen cuando les viene en gana y duermen cuando están fatigados, por eso se suelen pasar noches enteras de canto y baile con sus acordeones y guitarras. Juegan a los prohibidos y se emborrachan como cubas cuando pueden. Cerca de las minas se alzan cantinas con permisos especiales cuyos dueños desposeen al negro de cuanto gana, cobrándole precios fabulosos por sus chucherías y bebidas, incluso las prohibidas. El negro no es ahorrativo y jamás discute los precios.

—...por desgracia, se les hace objeto de toda clase de tiranía que el negro siempre soporta gracias a su incultura. Así, por ejemplo, hay minas que cuando no le roban al negro los sueldos obtenidos por las

mejoras sociales, mediante sus precios enormes en comidas y bebidas, llegan incluso a pagarles el jornal semanal en cheques en forma de maderas o forma de monedas en colores distintos. A cambio de sus comidas y bebidas, al final de mes, el negro entrega sus «monedas» de madera que ha guardado lleno de orgullo por originales que le parecen... Es decir, que la esclavitud sigue siendo un hecho bajo falsa apariencia...

—...Sus sacerdotes celebran misas que resultan un juego infantil—añadió Darwin completando su relato sobre aquellas gentes que constituyen un problema esencial en la República norteamericana—. Al blanco le envidian con locura por su color, y si algo cuidan de su cuerpo es lo poco que tienen de blanco, o sean ojos, dientes y la punta de los dedos... Es curioso verlos con su sombrero de paja emigrando de región en región y con un cepillo de dientes viejo, por todo equipaje, cruzado a la cinta del sombrero. La mentira es su mayor debilidad y gozan como niños contando los mayores disparates. Desgraciadamente, ocurren tantos crímenes entre ellos mediante sus hachas revólveres y cuchillos que se sabe a cifra fija que dos tercios de los trabajadores negros mueren de muerte violenta. Su

espíritu de venganza es enorme. Incluso los hay que armados de revólver tratan de desposeer a sus paisanos de la ganancia o jornal semanal... La policía blanca tiene que frenar frecuentemente semejantes crímenes, mientras que los jerifes cercanos suelen tener sus cárceles siempre ocupadas, con tan poco simpáticos huéspedes... A los blancos los suelen molestar poco; si acaso, encuentran ocasión muy favorable, se ensañan con nuestra raza. Entonces viene la ley de Linch, que en la Florida se practica mucho. Ello ha originado conatos de levantamientos de los negros en ciudades cercanas, pero la falta de espíritu de organización de la raza hace fallar sus intentos...

—...no es una exageración cuando se dice que después de colgados los cuerpos de los malhechores negros, los niños de las aldeas se divierten tirando balazos sin fin a los ajusticiados... El negro y el blanco están completamente desunidos. La libertad ganada en 1864 cuando la esclavitud desapareció, consiste en que gozan de libertad y tienen derechos de ciudadanos normales, incluso con voto en las elecciones de presidente de la Unión, si bien tal derecho se traduce en el precio de dos dólares por voto cuando la ocasión les llega.

—...jamás se verá que un blanco coma o duerma ya en la misma mesa o bien bajo un mismo techo. Los ferrocarriles no siguen norma distinta al separar en distintos departamentos a los viajeros blancos y negros. A veces, no se sabe si el perro de la casa ocupa frente al negro lugar primordial o no, no mintiendo incluso aquellos que dicen que el negro despidе especial olor para el blanco insoportable. El negro es apasionado amigo de la guitarra y la acordeón—añadió Darwin para terminar—. De aldea en aldea se ganan a veces la vida tocando y cantando en coro. Como todas las razas salvajes, también tienen ciertos sentidos más desarrollados que el blanco... su vista es admirable y son capaces de seguir una huella durante horas y horas, incluso en el bosque... El negro no ha ganado nada con la emancipación. Se halla peor vestido y peor alimentado que antes, según dicen algunos viejos mineros que han vivido aún de esclavos. Un negro fuerte y saludable valía 1.000 dólares y era empeño de sus dueños conservarlos físicamente bien a fin de no perder en la venta...

Darwin había hecho estas aclaraciones a Cora tomando una taza de café, mientras admiraban la costa, siempre servidos cortesmente por

el camarero Jack, que incluso con frecuencia acudía a la mesa con el pretexto de ordenar las tazas, colocar bien las servilletas o espantar algún mosquito molesto. De esta manera no sólo se hacían simpáticos sus servicios, sino que cumplía a maravilla su misión de observar y aun escuchar a la pareja.

—¡Mozo!—preguntó Darwin a Jack para pedirle una información—¿qué hotel recomienda usted a la señora para pernoctar en Jacksonville? Supongo que usted que hace esta travesía...

—¡Oh!, señor, conozco varios, pero voy a informarme para aconsejarle uno de confianza...—repuso Jack haciendo una reverencia y yendo a recoger su informe.

Cuando Jack volvió había aconsejado uno de los lugares más románticos del famoso puerto, incluyendo precios y todo género de detalles. Y en efecto, no en balde suele decirse que por la boca muere el pez; al pedir Darwin dicha información por comodidad y curiosidad, precisamente al negro Jack, éste se había ahorrado gran parte de su trabajo. Los viajeros descendieron en Jacksonville y seguidos de Jack fueron a pernoctar justamente al Florida Hotel. Cuando, a la mañana siguiente Jack se informó ante el conserje del Hotel de la pareja

supo que en efecto allí estaban los «esposos» Smith procedentes de Nueva York, que se encontraban de excursión en el preciso momento.

Veamos la faena de McFadden entre tanto. El agente de Mr. Simon se marchó, como decíamos anteriormente, sin decir más que precisaba ir a Wáshington en relación con la vigilancia que estrechaba sobre al abogado Baird, y así lo hizo. Sus pesquisas en la misma mañana que Mr. Simon le confiara la importante misión, dieron por resultado el de enterarse que Baird solía hacer frecuentes viajes a Wásh-

ington, relacionados con su posición política, y que aquella misma noche saldría para la capital de la federación norteamericana. La cosa fué sencillísima. McFadden se fué a un teléfono público y ni corto ni perezoso llamó a la secretaria de Baird.

—Precisaba hablarle con urgencia... A ser posible hoy... Es asunto que le interesa—dijo el agente de Simon tanteando su terreno.

—Mr. Baird tiene que salir para Wáshington y volverá el viernes... sí; saldrá esta noche—le respondieron.

LA DERROTA DE BAIRD.—DESENLACE DE LA TRAGEDIA DE SIMON

Los partes de McFadden dejaron de llegar a Simon que con sobrada impaciencia y sin saber el paradero momentáneo de su agente, se pasaba horas y horas preguntando a miss Gordon, a Tedesco y a Bessie si había nuevos partes para él o cartas o alguien le había llamado al teléfono. La dura preocupación le hizo olvidarse al menos durante dos días de la misma Cora, a la que creía feliz en la costa de Florida, mientras su madre se ocupaba de los nenes y de la disciplina casera.

Por fin, vinieron noticias inciertas. McFadden habló a Simon desde Wáshington al tercer día y al día siguiente desde un arrabal de la capital, según decía. Finalmente le anunció su regreso y buenas nuevas para el viernes, según prometido.

Simon se transformó por completo. Escribió largas cartas a Cora diciéndole que, a lo sumo, en una se-

mana debía regresar para partir juntos de Nueva York para Europa. Que probablemente se arreglarían sus asuntos. Que todo marchaba bien y que no tenía motivo alguno para preocuparse, y en fin, contándole las travesturas de los nenes y del grifón y mandándole saludos de miss Gordon y muy especialmente de su madre, que sólo deseaba lo pasase bien.

Tedesco le puso en aviso, sin embargo. Todavía no estaba Baird desarmado y las tentativas para convencer en la propia cárcel a Gushman a fin de que se retractara, podían ser doblemente peligrosas, por lo que Simon había decidido arrosarlo todo antes de llegar al soborno del bandido. Pero el propio McFadden había de descorrer el velo de aquellas dudas, ya que estaba para llegar. Miss Gordon le pedía a Dios de todas las veras que

aquello resultase bien y miraba con recelos aquella espontánea alegría de Mr. Simon, al que ella tantísimo apreciaba.

—McFadden acaba de llegar y así lo avisa desde la estación. Se dirige aquí inmediatamente—dijo Cora a Mr. Simon aquella misma tarde.

—¡Entra! Siéntate y cuenta... ¿Qué nuevas? ¿De Baird?... ¿Has descubierto algo?... —comenzó ávido Mr. Simon apenas llegado McFadden.

—¡Se morirá usted de risa! Me parece que le hemos ganado la partida. ¡Prepárese usted a oírme y asómbrese!... —repuso tranquilo McFadden, sentándose tranquilo frente a su jefe.

—¡Bueno, dime!... ¿Estamos salvados? ¿Hablaste con él?... —le contestó Simon retorciéndose los dedos nerviosamente, alargando el cuello y abriendo unos ojos desmesurados, mientras le ofrecía a su agente un puro magnífico.

—¡Tiene un lío!... Déjeme contarle—y McFadden encendió con gran parsimonia su puro, mientras narraba despacio y claramente:

—... ¿Usted sabe esos viajes a Wáshington por motivos de política?... Pues el otro día le seguí en el tren, tal y como le dije a usted. Iba solo, llevando una gran cartera

abultada al parecer de papelotes de negocios... En el tren me senté frente a él... Leía la prensa y no se ocupó de mí ni me reconoció, ni en todo caso me hubiese conocido, porque usaba gafas, un traje inglés y también llevaba mis papeles para entretenerme. Al cuarto de hora de haberle observado me mudé de departamento...

—... En la estación de Wáshington descendió y tomó un taxi, y yo le seguí en otro... ¡Antes oí cómo le decía al chófer! Germantown.

—¿Entonces?... ¿Te las arreglaste... —le interrumpió Simon azorado.

—Me volví a la estación por sí el otro taxi volvía y le ofrecí a mi chófer una prima si me lo encontraba... Entonces me fuí a cenar tranquilamente y en seguida volví a la estación... El chófer no había vuelto. A mi chófer, al que volví a encontrar, le doblé la suma si me encontraba al auto de referencia y me volví a marchar...

—...hasta eso de las diez de la noche, en que me presenté en la estación, según convenido. ¡Ya lo tenemos!—me dijo el muchacho, al que en seguida pagué la deuda contraída. ¡El chófer de Baird estaba allí!...

—¿Y Baird mismo?—volvió a interrumpir Simon.

—Me hice amigo del chófer aquél que se recordaba de haber ido a Germantown, pero no sabía ya la dirección...

—El taxi de Mr. McFadden espera—entró diciendo miss Gordon de buenas a primeras.

En efecto, por si Mr. Simon no estaba, su agente había dejado esperar al auto, olvidándose luego del mismo ante la excitación de Mr. Simon y su propio interés en ponerle al corriente de la gestión.

—Que espere—se limitó a decir Simon indicando a su agente que siguiese sin interrumpirse.

—...con el mismo coche fuimos a Germantown y allí empezamos nuestras investigaciones por el vecindario a la mañana siguiente... Aquello es precioso... Todo son casitas para una o dos familias a lo sumo... Describí a Mr. Baird tal y como era y con el traje que llevaba esta vez, y pregunté docenas de veces si lo conocían...

—...«¡Claro!»—dijo un tendero, «ese es el tío de la señora Allen»... Me dijo que su «tío» venía de Pittsburg a menudo a visitarla, y yo le dije que era cierto... Y entonces esperé a que anoheciera para rondar e inspeccionar la casa...

—... Por una ventana, desde afuera, vi a la viudita con un nene...

—¿Y Baird?... ¿Y entonces qué?—preguntó Simon.

—¡No he acabado todavía!—le respondió McFadden, sonriendo, dando muestras de buen humor—. El chico era la propia estampa del padre... Entonces decidí hacer tiempo y me fuí a cenar hasta que todo el mundo estuviese acostado, pasándome el tiempo en un cine del barrio... y a eso de las dos de la madrugada entré...

—¿Allanaste la morada?... —le preguntó Simon intrigado.

—Siento tener que confesarlo—contestó tranquilo el agente—. Pero me fué lo más fácil... aún no he perdido la costumbre... Una vez en la habitación busqué cartas y papeles... ¡Ni un alma!... Aquello era un desierto.

—¿No hallaste cartas de Baird? —dijo Simon alzándose un poco de su asiento con visible nerviosidad.

—¡Un montón!—le repuso McFadden sacando un grueso paquete del bolsillo y entregándoselo a Simon—. Ahí las tiene... Todo son promesas para el muchacho... Ahora se callará...

—...¡y aquí—dijo mostrándole una fotografía que había llevado en la cartera, aparte—están padre e hijo juntitos!... ¡la arrancó del marco sobre la mesa porque no me gustaba!—añadió soltando una car-

cajada, a la que Simon respondió con otra carcajada acompañada de un puñetazo terrible en su mesa como prueba de suma satisfacción.

—¡«Tu Panchito»... dice la declaratoria!... ¡El, que se las da de puritano!... ¡ja, ja, ja!... ¡Estas cartas, McFadden, valen un millón!—dijo Simon a su agente dirigiéndose a él y abrazándole por todo cumplimiento.

—...¡tu Panchito!... ¡es para morir de risa!... Pero te has expuesto demasiado, McFadden—repitió el abogado, loco de satisfacción—. ¡A ver, miss Gordon, pregunte si está Mr. Baird en Nueva York y dígame que venga al despacho en seguida—le ordenó a su secretaria mientras decía a McFadden estrechándole las manos y sin parar de reír: ¡Mañana nos veremos; vente tempranito!

—Mr. Baird está ocupado—contestó miss Gordon a Simon refiriéndose al encargo recibido.

—¡Póngame con su secretaria—repuso Simon lleno de ira.

—¿Mr. Baird?—dijo, una vez puesto en comunicación—. ¡Conque ocupado, ¿eh?... ¡Pues dígame inmediatamente que un cliente mío... que se interesa por la propiedad número 17 de Germantown, en Washington!... y le dice que le esperaré media hora en mi despacho.

—Miss Gordon—agregó inmediatamente a su secretaria—llámeme a Mr. Darwin. Los Crayfield le refieren en su carta de hoy y...

—Un telefonema de McFadden avisando que tiene que partir para Florida y que se trata de un asunto personal suyo. Pide una semana de permiso—entró diciendo Weinberg de parte de Tedesco a Simon.

—Mr. Darwin está en Florida—entró diciendo al momento después miss Gordon.

Simon quedó pensativo por unos momentos. En Florida parecían haberse dado cita ahora Cora, McFadden y Darwin. Pero ahora lo que más importaba era cantarle las cuarenta a Baird. Sumamente excitado y comiéndose unos bombones de una nueva caja que sacó de su mesa, el abogado comenzó a dar vueltas por su despacho arriba y abajo. Después se marchó al despacho de Tedesco a dar un vistazo e informarle de la visita que esperaba. En fin, en espera del momento de la entrevista, Simon se recostó sobre la amplia ventana que daba a la calle y comenzó a murmurar frases incomprensibles, como quien está falto del sentido. Miss Gordon le abordó preguntándole si algo deseaba.

—En cuanto llegue Baird, si llega, que pase. Tengo un cuarto de hora de tiempo—dijo fijándose de-

tenidamente en el montón de cartas que se hallaba al lado de su mesa.

Cuando, en efecto, apenas si había terminado de pronunciar sus palabras, Bessie anunció la llegada de Baird. Mr. Simon tomó asiento en su mesa, dispuesto a recibir a su enemigo, y al verle entrar se incorporó mecánicamente ofreciéndole asiento.

—¡Con su permiso!—entró diciendo Baird—. ¡No creí que fuera tan urgente el hablarme!

—Le agradezco su visita—le repuso Simon.

Apenas cambiados los primeros saludos, Simon ordenó a miss Gordon retirarse y cerrar las puertas, añadiéndole además: «No estoy para nadie en el despacho».

Lo que allí trataron aquellos dos hombres sólo ellos lo supieron. La conferencia fué extensa y ni uno ni otro elevó la voz fuera del tono corriente. Es de suponer, sin embargo, que Mr. Simon pondría a su colega Baird en la alternativa de comprarle aquellas cartas al precio solicitado de su silencio en el asunto Breitstein-Cushman o de lo contrario exponerse al escándalo de su inmediato divorcio y exposición pública de su cacareado puritanismo, y en todo caso de retractarse formalmente, caso de haber dado ya

algún paso en el sentido de perjudicarlo.

Lo cierto es que cuando miss Gordon y Tedesco salieron a despedir a Baird, después de la conferencia, éste llevaba el rostro contraído, mientras que Simon, con aire complacido, les decía:

—¡Ahí va nuestro amigo!... ¡Uno de los caballeros más ilustres de la curia de Nueva York!...

¡Qué sarcasmo! Baird había cedido, naturalmente, a juzgar por aquella textura de ambos. Y era, al fin y al cabo, lo mejor para los dos. Ahora, no había para Simon más problema que el de avisar a Cora y preparar su partida para Europa con ella. Miss Gordon participó de la alegría de Simon y le felicitó por su nuevo triunfo. Tedesco al verse sólo con Simon, respiró profundamente:

—¡Me has quitado un peso de encima!... ¡Bien sabe Dios que no quise dártelo a entender!...

—¡Es la vida, Tedesco! ¡Ahora a trabajar y a ganar de nuevo dinero!... ¡El mundo enseña, y hay que ser más prevenido!...—le contestó Simon frotándose las manos de satisfacción.

Aquello había que celebrarlo de alguna manera. Aquella noche participó a miss Gordon que cenaría con él, y le dijo que llenase su des-

pacho de flores para la mañana siguiente. ¡Aquel aire que tan envenenado había estado por espacio de unos días, no le gustaba! También quiso que su secretaria le preparase nuevas cajas de bombones, su única debilidad hasta en las horas del trabajo más arduo.

—Mr. Wingdale, el presidente del Trust de Acero, le llama urgentemente al aparato, Mr. Simon—dijo su secretaria cuando ya se disponía a salir del despacho.

—¡Mándelo a paseo y vamos a casa!—repuso Simon.

—Píde con urgencia dónde se halla usted en estos momentos—le repitió miss Gordon, haciendo ademán de entregar el aparato al abogado Simon.

—¡Hallo!... Sí; Simon mismo... al aparato. ¿Mr. Wingdale mismo? ¿Qué sucede?... ¿Fué la policía a casa ya?... ¿Que no declare nadie nada!... Voy para allá un momento... ¿Dónde está ahora?... ¿Ha consultado con alguien más?... Perfectamente.

—¡Wingdale, el rey del Acero, acaba de matar a su mujer!... ¡Menudo proceso dará esto!...—dijo Simon a miss Gordon con grandes muestras de alegría—. ¡Vámonos sin sombrero!...

Dejemos al abogado Simon lleno de nuevas ilusiones, que hacía

compartiese con él su secretaria, para observar de cerca a McFadden en la persecución de Cora y Darwin sin avisar de ello a su jefe, pero sí lleno de celo por salvar la honra de aquél.

Cuando Simon mandó llamar a Cora, una vez arreglados sus asuntos, ésta no tuvo sino disculpas a fin de retardar su regreso aconsejada por Darwin. Pero McFadden velaba asesorado por Jack y decidió delatar a la infiel a la madre de Simon antes de avisar a éste. Aterrorizada la señora Simon por aquella desventura no tuvo otra idea que la de poner en antecedentes al hermano del gran abogado pidiéndole consejo. Este, que no se relacionaba con él a causa de sus fechorías y estafas, que siempre había de pagarle por intercesión de mamá Simon, respetaba y quería a su hermano en lo íntimo de su corazón y decidió vengarle.

—¡Hasta eso ha llegado Cora!... ¡Enlodar el nombre de mi hermano!—rugió aquél al escuchar la nueva.

No se hicieron esperar los efectos de la delación de McFadden, y mientras Darwin y Cora confiaban en la bondad y buena fe de Simon que jamás desconfió de su esposa ni aun cuando supo que también Darwin estaba en Florida donde el propio McFadden había ido últimamente, el menos honrado de todos a la vista

de las gentes, el estafador John Simon, fué quien se tomó la justicia por su mano decidiendo segar las vidas de los amantes.

Los había sorprendido en Jacksonville sosegadamente en la habitación de Cora que se hizo pasar por la esposa de Darwin en la pensión costosa y sin darles tiempo a salir de su sorpresa ni siquiera a que le preguntasen por el motivo de su presencia, le hizo a boca de jarro tres disparos a Cora y tres a Darwin que pretendió ponerse a salvo cayendo en la propia puerta de la habitación ensangrentado.

—¡He vengado a mi hermano!...—dijo John Simon al entregarse a la policía—. ¡El revólver que me sirvió se lo arrojé a mi cuñada ya cadáver, a la misma cara!...

En Nueva York cayó como un rayo la sensacional noticia. ¡La tragedia de los Simon, ella perteneciente a una poderosa familia de la industria algodonera y él el abogado del día en las Audiencias de la Unión en que actuara con máxima brillantez, llenó las páginas de los diarios!

Tedesco se unió al duelo de su compañero indicándole la conveniencia de no desistir de su viaje precisamente ahora que precisaba del reposo y del olvido.

—¡Quizás ha sido la mejor solución!—le dijo McFadden a Mr. Si-

mon al darle cuenta de sus investigaciones acerca del asunto que motivó incluso su último viaje a Florida apenas regresado de Washington de vigilar a Baird y labrarle su mayor derrota.

Una semana había transcurrido del sangriento suceso cuando Simon, en cuyo duelo tomó la mayor parte tal vez su secretaria, convino con ésta en que se trasladase a su morada para encargarse de la educación y crianza de los nenes, cediendo su puesto a una tal Miss Hower a quien tuvo la satisfacción de presentarle ante el propio Tedesco. En vez de asignarle un sueldo le había dicho: «Mamá o yo, indistintamente, le daremos cuanto precise para los nenes y la casa o usted misma; bien entendido que no quiero que economice en ninguno de los sentidos».

Tres meses habían transcurrido, durante los cuales Miss Gordon acudió raramente con los pequeños o con mamá Simon, quien sentía por ella especial predilección, al despacho en medio de la admiración de todos y de la envidia de Mr. Weinberg, cuando Mr. Simon emprendió con ella y su familia un viaje de cuatro semanas a Europa.

En París se verificó el enlace matrimonial de Mr. Simon con su antigua secretaria.

FIN

Metropol

C. Lauria, 115

TELÉFONO 81222

Temperatura constante 17 grados

El Salón que reúne las mejores condiciones de verano, por sus novísimos aparatos de refrigeración.

La temperatura más agradable de Barcelona

TEMPORADA DE GRANDES REPRISAS

Actualmente se proyectan dos grandes producciones en cada programa. Dos películas de éxito indiscutible. Los films que han sido proclamados obras de arte por la crítica y público.

**Precio único:
1'50 ptas.**



Únicamente podrá olvidar los calores del verano asistiendo al Salón

Metropol

Todos los lectores afortunados

EXIJA EN CADA EJEMPLAR DE
Ediciones Biblioteca Films

el sobre que va adherido en la última página
de texto, pues semanalmente se adquieren

**2.000 ENTRADAS DE
PREFERENCIA**

de los CINES DE MODA

para repartir entre sus lectores y el que no
sea agraciado con una entrada de cine, será
obsequiado con un

Vale por valor de 3 pesetas

para obtener un frasco del exótico y va-
lioso perfume de Hollywood

"PERFUME CINEMA"

al precio excepcional de **5 pesetas**

Una entrada de cine o 3 pesetas

UNA peseta